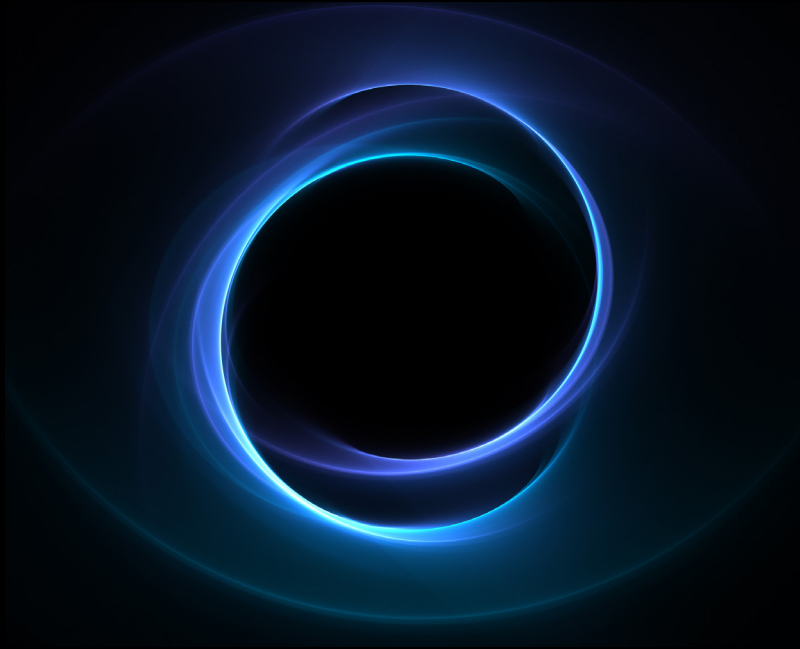


Hipertextos



Salomón Verhelst Montenegro





Salomón Verhelst Montenegro

Hijo de Carlos Manuel Verhelst Berrocal y Beatriz Helena Montenegro, hermano de Juan Carlos, Marcela María y Judith Alexandra. Esposo de Kelly Romero y padre de Sarah y Esther.

Nació en Cartagena de Indias, el 12 de octubre de 1981.

Estudió Filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana; se especializó en Cooperación Internacional para el Desarrollo en la Universidad de San Buenaventura-Universidad de Pavía; Máster en Filosofía de la Universidad Nacional. Ha publicado tres libros de poesía: “A las puertas del Apsu” (Editado por Laura Vásquez, con ilustraciones de Jean Paul Moulin y textos de Ernesto Zarza y David Herrera Serna), “El canto de la libélula” (Editado por Laura Vásquez, Prólogo de David Herrera Serna y diseño de Mauricio Bayuelo), y “Variaciones Bíblicas y otros poemas” (editado por Editorial CECAR).



Otras publicaciones

Glitza y otros cuentos escogidos
Antonio Mora Vélez

El desagüe. Cuentos, reportajes y artículos
José Luis Hereyra

Semana Santa de mi boca
Miguel Iriarte

La Danza entre los Árboles
Angélica María Sierra Franco

HAF
David Herrera Serna

Volvió a cantar el viento
Guillermo Vergara

Maroia
Otto Ricardo-Torres



HIPERTEXTOS

Salomón Verhelst Montenegro



2020

Este libro es producto de investigación-creación. Fue arbitrado bajo el sistema doble ciego por expertos en el área.

CORPORACIÓN UNIVERSITARIA DEL CARIBE – CECAR

Rector

Noel Morales Tuesca

Vicerrector Académico

Alfredo Flórez Gutiérrez

Vicerrector de Ciencia Tecnología e Innovación

Jhon Víctor Vidal

Decano Facultad de Humanidades y Educación

Leslie Yuliet Bravo García

Director de Investigaciones

Luty Gomez CÁCERES

Coordinador Editorial CECAR

Jorge Luis Barboza

editorial.cecicar@cecicar.edu.co

© 2020. **Hipertextos**, Salomón Verhelst Montenegro.

1era. edición

ISBN: 978-958-5547-48-3 (impreso)

ISBN: 978-958-5547-76-6 (digital)

DOI: <https://doi.org/10.21892/9789585547766>

Imágenes: Pág. 16: Beato de Liébana: códice de Fernando I y Dña. Sancha. Pág. 153: Beda in Marcum evangelistam (Manuscrit du Commentaire de Bède le Vénérable († 735) sur l’Evangile de Saint Marc, copié à l’Abbaye de Saint-Gall au IXe siècle. (smu)). Pág 154: Commentary on the Gospel of John by Alcuin of York (The commentary on the Gospel of John by Alcuin of York (k. 804), possibly produced in the vicinity of Reims during the mid-ninth century. (smu)).

Sincelejo, Sucre, Colombia.

Colección *Prosa*

Verhelst Montenegro, Salomón

Hipertextos/ Salomón Verhelst Montenegro.- 1era. edición.- Sincelejo : Editorial CECAR, ©2020.

154 páginas.

ISBN: 978-958-5547-48-3 (impreso)

ISBN: 978-958-5547-76-6 (digital)

1. Literatura 2. Creación Literaria I. Verhels Montenegro, Salomón II. Título.

860. V491 2020

CDD 21 ed.

CEP – Corporación Universitaria del Caribe, CECAR. Biblioteca Central – COSiCUC

Contenido

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO | 5 |
| CANDELARIO OBESO O DE LAS IRONÍAS DE LA VIDA..... | 19 |
| CIENCIA EN CARTAGENA..... | 25 |
| BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y NOSOTROS | 29 |
| ¿REÍR O LLORAR?..... | 35 |
| LA REDENCIÓN DE VARGAS VILA | 39 |
| UN MANUSCRITO EN MOMPOX..... | 43 |
| LA MAMÁ PARA LA QUE NO HA SIDO MALTRATADA | 49 |
| ¿CÓMO FORMAR UNA BIBLIOTECA? | 53 |
| NO SE COGEN TRUCHAS, À BRAGAS ENJUTAS | 57 |
| ¿POR QUÉ NO VIVIR EN BOGOTÁ?..... | 63 |
| LA MUERTE DE UN DIOS | 67 |
| OLLANTAY: AHÍ DONDE ESTÁIS QUEDAOS | 73 |
| ¿QUÉ TIENEN LOS POLÍTICOS EN LA CABEZA? UNA RESPUESTA CIENTÍFICA | 77 |
| EL LOCO DE MILÁN Y EL VERDADERO MOTIVO DE LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN..... | 83 |
| UN PROBABLE CASADO EN LAS SABANAS DE SUCRE | 87 |
| EL CINISMO Y LA COSTA | 91 |
| HÉCTOR ABAD GÓMEZ Y JORGE MANRIQUE | 95 |
| EN DEFENSA DE EPICURO..... | 99 |
| JUAN LUIS VIVES Y LA CERVEZA | 105 |
| INDEPENDENCIA Y DIOS..... | 109 |
| EL INTÉRPRETE: JORGE DE MONTEMAYOR Y MI VOCACIÓN MARIANA | 115 |
| SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO..... | 121 |
| SOBRE EL CUZARY Y SAN LUIS DE SINCÉ | 125 |
| EÓN DE LA ESTRELLA Y SU SECTA..... | 131 |

| | |
|--|-----|
| LAS TRIBUS PERDIDAS DE ISRAEL EN EL NUEVO REINO DE GRANADA | 133 |
| ELEGÍA INCONCLUSA DEL DESTIERRO | 137 |
| APÉNDICE PROBABLE | 147 |

PRÓLOGO

Me enviaron desde Colombia unos relatos que me han sorprendido, tanto por sus contenidos profundos, como por el estilo vigoroso, sin la ornamentación barroca o egregia a la que estamos acostumbrados en Latinoamérica. El autor es el joven poeta Salomón Verhelst Montenegro, nacido en la bella ciudad de Cartagena, en 1981, con estudios en Filosofía y Cooperación Internacional para el Desarrollo y que se desempeña como académico en Sincelejo, Sucre, en la Corporación Universitaria del Caribe —CECAR—. Quien escriba en Colombia tiene una gran responsabilidad, si recordamos solo algunos de sus más notables literatos, como José Eustasio Rivera, José Asunción Silva, Jorge Isaacs, Álvaro Mutis, Juan Gossaín, el extraordinario Gabriel García Márquez, Eduardo Carranza, este último de gran participación creadora en Madrid. Lo mejor es que dejemos estos nombres hasta aquí, porque la lista sería más larga y, además, excelsa. Por ello, no es fácil comentar una obra de actualidad en un país de eminentes creadores. Sin embargo, me atrevo afirmar que la obra *Hipertextos* de Verhelst es trascendente por ser entretenida, culta, con narraciones como si fueran antiguas, pero expuestas en una curiosa modernidad. Esto es, como si la forma fuese

exquisitamente del pasado, sublimando el pensamiento, sin obviar el presente. Por el contrario, los temas producen un interés tal, que no se dejan de leer.

Ya en el primer relato el autor mezcla lo dramático con el humor. A la pobreza la tipifica tan perjudicial como la suerte de ser negro y, además, si la persona es poeta, sobre todo en aquellos años de 1886, mejor es darse por desgraciado. A primera vista, quizá, la narración o las narraciones a reglón seguido producen en el lector un pequeño reparo, por no dar descanso o respiro, pero lo curioso es que no causa cansancio al no dar tregua. También hay que reconocer que se trata de una opinión subjetiva, porque me gustan caprichosamente los textos con espacios. De manera que la impresión de ver páginas llenas me provoca un efecto un poco extenuante. Sin embargo, todo esto queda de lado, porque el hilo conductor es rápido y animado. Critica a una sociedad egoísta y desigual. Por ejemplo, cuando se da el hecho de que reconocen al personaje sus méritos líricos, pero, ya ha pasado el momento oportuno y no tiene sentido homenajearlo. El protagonista ha muerto con el dolor de sentir de que el color de su piel le ha castigado.

El autor no se deja llevar solamente por su imaginario, sino que fustiga a la historia, al medio y al racismo. Aunque abusa un poco de lo histórico y de ciertos personajes, tiene

la valía de resaltar las raíces latinoamericanas y de su Colombia. Entra en el contexto indígena y en la civilización o incivilización cristiana, y cuando toca lo bíblico interpreta a su manera ciertos protagonistas y las manifestaciones de estos, a través, por ejemplo, de la risa o del llanto, del dolor o de la miseria. Se adentra en la existencia del ser. Hace metafísica sobre lo que se piensa o se ha pensado históricamente. Sobre la fuerza y la debilidad del individuo.

Digamos que el imaginario no puede prescindir de la memoria histórica. Quizás, el autor se esfuerza en hallar tratados o manuscritos antiguos para encontrar apoyo en el desarrollo de sus temas, a partir de afirmaciones y negaciones, que conducen a la suspensión del juicio. Son contradicciones que en todo caso cautivan al lector. Lo antiguo lo convierte en nuevo. Tampoco escapa el maltrato a la mujer o el crimen de Caín. Son narraciones cultas con mucha imaginación. Aparece un lenguaje, más bien para instruir al lector, sin dejarle mucho para que decida.

No podemos, por razones obvias, referirnos a cada uno de los relatos, aunque muchos nos llaman la atención, por su vehemencia o por colocar un asunto que no desaparece de la memoria como tema central, como por ejemplo en *Bartolomé y nosotros*. Creemos que está bien señalar la deuda histórica del Imperio español en tiempos de la conquista,

pero, como en otros autores, aquí falta la imputación a la indolencia de nuestros regímenes políticos que, una vez lograda la independencia, nada han hecho por los aborígenes, manteniéndolos por cientos de años marginados, y eso ya no es culpa de los españoles, sino de la casta política que ha manejado el poder en Iberoamérica. Da la impresión de que falta completar con ello el veraz y bien escrito texto, que muestra un repertorio poco cristiano y una civilización impuesta por la ambición, no solo religiosa, sino por llevarse el oro.

El autor tiene la ventaja de saber describir lugares y personajes, eso sí, apoyándose, como hemos afirmado, en lo que decían los antiguos o haciéndolos aparecer de esa manera. Son, en definitiva, relatos para lectores cultos, con citas de textos que no aburren, como tampoco las referencias a obras literarias históricas o bíblicas, sino, por el contrario, gustan. Quizás se excede en forzar estampas afines, semejantes, pero que son notables en la descripción y en la trama. Son relatos valiosos. Se nota una cierta influencia de Ricardo Palma y Borges. Las narraciones manifiestan cómo debe ser la vida según tal o cual protagonista y, además, expresa lo fundamentalmente religioso que es el pueblo, todo ello con una gran riqueza de conocimientos.

Hermoso —y no menos gracioso— es el hipertexto sobre los feos, en el que hace resaltar la fealdad física de sus personajes: Rafael Pombo y el Sileno Sócrates. Con el primero, da rienda suelta a sus valoraciones sobre lo corporal, pero más a las virtudes interiores, como si esa gran cualidad de poeta que posee Pombo bastara para quitar, a todo el que lo viere, la repugnancia que provoca, por no haber nacido a imagen y semejanza de Dios. En todo caso, el primer engañado es el autor, pues siempre lo imaginó “angelical y hermoso”. Lo interesante de la narración es que plantea el cómo dilucidar la belleza.

Mucho dicen por ahí, y también por allá, que los escritores son grandes mentirosos y, para confirmarlo, el autor en su relato *¡Por qué no vivir en Bogotá!*, mezcla al personaje con la apreciación que hace de la política, la corrupción, la masonería, el cansancio de ver la pobreza, la débil indiada escarnecida, los incultos y el aburrimiento de estar inmerso en la selva. Pero el asunto radica en que pareciera verdad que irse a vivir a Bogotá es como entrar en el infierno debido a una gran cantidad de razones negativas. Será cierto o no, poco generoso e indiferente, pero argumentos no le faltan para desvelar el infortunio. El lector podrá confirmar o desmentir las explicaciones que lo llevarán a tomar una decisión o renunciar a ella.

He elegido, por razones obvias, solo algunos textos que me han parecido tan interesantes como el resto, pero es para explicar que el autor no cambia de estilo. Incluso, el contenido lo mantiene apegado a los antecedentes que da, a través de unos relatos que no escapan a la sabiduría del pasado, buscando, claro está, cualquier pretexto para introducir al lector en su labor del conocimiento. Así, en *Un manuscrito en Mompox*, plantea el significado de la amistad por medio de tres elementos que son, más que suficientes, para que esta se dé con su protagonista, Manuel Raad, un descendiente libanés. Ambos tienen las mismas aficiones. Por de pronto, el abuelo había impregnado al árabe de sus gustos por el quibbe crudo y la berenjena, y dejado como legado su biblioteca.

La virtud o defecto del personaje árabe es que siempre que entra a debatir un tema, este abunda en numerosas citas. Lo curioso es que esta situación se da en el lejano pueblo de Mompox, donde los cristianos católicos instauraron sus congregaciones, y las familias de nobles españoles obtienen provecho de esas buenas tierras habitadas por indígenas naturales, que son los que las trabajan y que, además, deben pagar impuestos en la Aduana Real. Si existe esta Aduana es porque el pueblo está en una ubicación privilegiada, ya que se conecta con otros lugares con los que puede realizar un gran comercio, a pesar de que, de vez en cuando, sufre de inundaciones, plaga de mosquitos y caimanes que devoran

todo lo que encuentran. Estas calamidades producen las huidas de los ciudadanos del pueblo, lo que le permitió al árabe encontrar en un convento, un manuscrito, en el cual se indica cómo armar a un caballero, y que lo utiliza en ese momento para dotar a su amigo de tal categoría. Pero la ceremonia se interrumpe “cortésmente, para matarle un mosquito”, que se posó sobre el oficiante, mientras se oye en el fondo el *Ángelus Dómini nuntiávit Maríae*. Fue, de esta manera, como empezó la amistad con Manuel Raad. Historia tan íntima como es la devoción por el afecto.

Como hemos afirmado anteriormente, el narrador se sirve de muchos personajes que pertenecen al ámbito político o cultural, pero que, de ninguna manera, desmerecen el ayer y el mañana en sus tramas vitales y animadas, dándole una autenticidad como escritor en un lenguaje sobrio y preciso, y que, sin duda, tenemos para mucho tiempo. En el cultivo de su forma y contenido está su trascendencia.

Sergio Macías Brevis

Madrid, primavera, 2019

Vi por orden de los señores del Consejo de su Majestad, el libro de Hipertextos, que compuso el muy casto y doctísimo profesor Salomón Verhelst Montenegro, me parece que no tiene cosa contra la fe ni contra las buenas costumbres, sino mucha y muy buena doctrina. Y así es digno que se imprima para que todos gocen dél. Fecha en nuestra Universidad, CECAR, en Sincelejo, abril 2050.

David Esteban Herrera de La Serna

“Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común—, convéngase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz”

Alfonso Reyes, 1915

R M A R C I E D X E R E N D E I G R A T R A
O P E R I E D A R S S G R A D E I R E R O R A
X E R I E D A R G S V D U S G R A D E I R E R O R A
X R I E D A R G S U N D U S G R A D E I R E R O R A
G A R C I E D S U D N A N A N D U S R E X I P E
R P X E R S V D N A N A N A N D U S R E X I P E
R Q X E N S V D N A N A N A N D U S R E X I P E
O X E R S U D N A N A N A N A N D U S R E X I P E
X R S V D A N E D E R E D E N A N D U S R E X I P E
E R S U D N A N E D E R E D E D E N A N D V S R E X
R S U D N A N E D E R E D E D E N A N D V S R E X
X R S V D N A N E D E D E D E N A N D V S R E X
M X E R S V D N A N E D E D E N A N D V S R E X G
P X E R S V D N A N A N A N D U S R E X I P E
A R O X E R S V D N A N A N A N D U S R E X I P E
T A N O X E R S U D N A N D U S G R A D E I R E R O R A
K R I E D A R G S V D N D U S G R A D E I R E R O R A
X E R I E D A R G S U D V S G R A D E I R E R O R A
G X E R I E D A R G S S G R A D E I R E R O R A
H S I E D A R A X E R E N G A D E I R E R O R A
B H A S T A N I G G R A R E G I S A P A P A P A
H A S T A N I G E R A I R E G I S A P A P A P A
A A T A N I G E R A I C I T A R E G I S A P A P A
R Y A N I G E R A I C I T A R E G I S A P A P A
G A N I G E R A I C I T A R E G I S A P A P A
A N I G E R A I C I T A R E G I S A P A P A
A N I G E R A I C I T A R E G I S A P A P A
R A N I G E R A I C I T A R E G I S A P A P A
I A N O A N I G E R A I A R E G I S A P A P A
B H A R A N I G E R A I A R E G I S A P A P A
R B H A R A N I G E R A I A R E G I S A P A P A

HIPERTEXTOS

CANDELARIO OBESO O DE LAS IRONÍAS DE LA VIDA

El 13 de julio de 1884 moría Candelario Obeso. Se había dado un disparo en el vientre tres días antes, con su pistola *Remington*, con tan mala ventura, que no fue fulminante. Así dejaba la escena y ¡*Qué gran artista perdía el mundo!* Ese horrible 29 de junio, en que nuestro héroe nervioso decidió acabar con su vida, unos empezaban una pacífica cruzada cultural y otros celebraban el amor. Contrariedades del mundo. Según registra el *Papel periódico ilustrado* en su entrega del 1 de julio de 1884, a la una de la tarde se reunieron en la Plaza de Bolívar para inaugurar el Ateneo de Bogotá, con invitación previa, casi todos los miembros de “tan simpática asociación”; asistieron puntuales e iniciaron a eso de la una y un minuto, y terminaron a las dos de la tarde. Arrancó la sesión con un discurso del presidente honorario de la asociación, José Antonio Soffia y, por invitación de este, se le dio la palabra al ilustrísimo Don José María Quijano Wallis, quien con elegante decir expuso el objeto de la reunión. Reproduzco un aparte de su emotiva retahíla: “Hay entre nosotros hombres de ingenio y estudiosos de congénita afición que, ocultos en la sombra, no dejan ver su brillo por falta de estímulos, de

medios de publicidad ó por la indolencia propia de nuestro carácter. Recoger en un solo y amplio foco, para irradiarlas después, esas luces ocultas, dispersas ó perdidas; despertar con el estímulo y con el comercio de las ideas el espíritu adormecido de nuestros hombres de ciencia y de letras y de nuestros artistas; hacer fructificar con el calor de la reunión las simientes que espontáneamente germinan en las inteligencias de nuestros compatriotas; y multiplicar con la asociación los medios de difundir y vulgarizar sus estudios y trabajos, son los principales objetos del Ateneo de Bogotá". Todos quedaron satisfechos y cerraron el evento en medio de ovaciones.

También el mismo día, se celebró efusivamente el matrimonio de Julio F. Convers y la Señorita Ofelia Sicard y Briceño. La ceremonia fue en la casa de la novia a las once de la mañana y luego se siguió con el desayuno, en medio del cual Don Adolfo Sicard recitó una composición tan mala, que me abstengo de copiar.

Como dije, aquel infausto día moría él, que fue un amoroso y un poeta, solo que "pobre y negro", como nos cuenta su amigo Juan de Dios Uribe, en su *Candelario Obeso*, publicado en Bogotá, Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos, 1886. Sus aventuras amorosas fueron exquisitas y variadas, tan ricas como su estro y tan extremadas como su pobreza. Como era poeta y amante, se entregó a la vana

ilusión de perseguir una entelequia, cuya consecuencia fue un globo desinflado y unas cuantas hojas manchadas de tinta: *Lecturas para ti*; y como era amante y poeta, les dejó, en horas de tragos y jolgorio, una sonrisa a los amigos que oían de sus líos amorios; nos comenta Juan de Dios que estando de cónsul en Tours: “Pasó el negro por un brasilero, mercader en diamantes, y las *cocottes*, que creyeron esta broma, se disputaban el honor de agasajarlo y de atraerlo. Una de ellas le cayó en gracia al *millionario*, quien la acompañó á su casa y se hizo el mejor de sus amigos. La muchacha creía hacer un gran negocio en sus relaciones con el brasilero; seguramente soñó con ajorcas de diamantes y puñados de oro; con viajes románticos á la América y aun con un matrimonio fabuloso. Pasados cuatro días quiso saber á qué atenerse y le mandó pedir en préstamo cuarenta luises. La respuesta de Candelario fué espantosamente lacónica: —Hija (le decía): ¡*Estoy en la lata!* No faltó quien le explicara á la dama que esto quería decir que el supuesto comerciante era un pobre de solemnidad”.

Se entiende, era poeta y pobre, que a la postre es lo mismo: conoció la austeridad del que no le alcanza ni para comer desde que era estudiante (según el testimonio de Julio Añez), y, como siempre en su vida y hasta en su muerte, la lucha por hacer coincidir el dinero con la necesidad, pero nunca llegó este a fechas precisas: “La muerte le arrebató sus hijos de pocos días de nacidos y sufría cruelmente. Cuando

murió su último niño, estaba en la más absoluta miseria, á tal punto que no tenía con qué comprar drogas, ni tuvo lo preciso para mandarle hacer un ataúd. Tomó al pequeñuelo debajo del brazo, envuelto en una sábana, y se dirigió á una agencia mortuoria. Solicitó un cajoncito fiado, y como se lo rehusaran, dejó en depósito el cadáver de su hijo, mientras iba á conseguir en la calle con qué pagar el ataúd. Después con el pequeño bulto debajo del brazo se fué al cementerio, relativamente feliz por haber conseguido una caja de cuatro pesos, diez reales que cuesta el derecho á un hoyo en el panteón y una cruz ordinaria de madera para señalar la sepultura”.

Pero ante todo fue un poeta negro y de los mejores, solo sus *Cantos populares*, publicados en Bogotá, en la Imprenta de Borda, en 1877, valen toda la poesía nacional: “¡Oh! branca, branca hecmosa/ pocqué me trata asina?”. Conoció el desprecio de una sociedad estúpida que les escupe en la cara a los hijos de Cam: “Él no era de los nobles y señores/ Y el parangón de razas y colores/ Fué su constante y maldecida pena”, canta su gran amigo José Antonio Restrepo. Refiere Juan de Dios que en momentos de angustia miraba su piel y decía: “¡He aquí mi desgracia!” y comenta: “Es cuando el poeta considera las diferencias de raza, las desigualdades de fortuna, la desgraciada condición del talento en Colombia; y la prosperidad creciente de la capa espumosa, inconsistente, banal, de esta sociedad hipócrita, que para valuar á los

hombres no se asoma á la cabeza sino al bolsillo; sociedad concupiscente y egoísta, que vive llena de harturas en medio de un pueblo miserable. Obeso sentía en sus músculos de titán las mordeduras sociales, porque era negro, pobre y poeta”.

En el número 71 del *Papel periódico ilustrado* publicaron con dolor su muerte: “Las letras están de duelo”, y anunciaron que le dedicarían un grabado y una nota al galano poeta, lo cual hicieron en el número 74. Todos sintieron su partida; las cámaras legislativas expresaron sus condolencias; fue llevado en hombros de sus amigos al cementerio, en compañía de personas de todas las edades y condiciones.

¡Ya para qué!

CIENCIA EN CARTAGENA

N*ova sunt semper. Nam quod fuit ante relictus est.* Con este lema de *Las Metamorfosis* de Ovidio, XV: 179, se publica el 10 de septiembre de 1810, *el Argos americano de Cartagena. Papel político, económico y literario de Cartagena de Indias*: periódico semanal, impreso por Diego Espinosa de los Monteros, en la imprenta del Consulado, editado por José Fernández Madrid y Manuel Rodríguez Torices. Según su *Prospecto*: se publicaría todos los lunes (con suplementos o extraordinarios, en ocasiones), y el valor sería de dos reales por pliego. Para poderse sufragar se exigía el pago adelantado de suscripción de mínimo seis meses y para afuera de la Provincia no menos de 1 año (pagaderos en la tienda de Don Antonio Angulo, por 4 pesos y medio, para el primer caso, y para el segundo, en la administración de correos de todo el reino, por 11 pesos). Si lo querían en sus domicilios debían pagar un extra de 6 pesos, para gratificar al mensajero. Su fin era ilustrar: sacarnos de la más ciega ignorancia de nuestros derechos y deberes, en la que estuvimos sumidos a causa del “bárbaro sistema de gobierno antiguo”, y uniformar las ideas en aquellos tiempos peligrosos; ser un mecanismo de comunicación de la Junta de Gobierno, de noticias comerciales tanto de la Bahía, como de

las naciones ultramarinas; y, también, deleitar con la buena literatura. Por su parte, el papel periódico que existía en la ciudad: *Noticias Públicas &c*, al no tener plan ni forma regular, no podía inspirar los efectos que el nuevo gobierno deseaba.

Ahora sí: A la invención. El lunes 8 de octubre, en el número 4, del tomo I, página 17, aparece una noticia que resuena aún hoy. La observación de un eclipse de sol, el 28 de septiembre. El ilustre Don Lino de Pombo, Prior del Real Consulado, ordenó se hiciese observación del eclipse calculado por Caldas, encargado del Observatorio astronómico de Santa fe, y quien aseveró que se vería en muchas partes del nuevo reino, incluida la ciudad de Cartagena. Los encargados de la observación fueron Don Manuel Álvares, piloto de la Real Armada y maestro de matemáticas, y Don Matías Aldao, Oficial de Marina del apostadero de la ciudad. Las cosas ocurrieron como sigue. Con el fin de hacer la observación se proveyeron de dos acromáticos y un cronómetro que se colocaron en la torre del Consulado, con tan mala suerte —y la suerte siempre cuenta en la ciencia como lo atestigua Kuhn—, que los instrumentos “se pusieron muy de antemano al Sol, y se calentaron de tal modo los tubos y lentes que no pudo hacerse uso de ellos, y fué menester emplear anteojos comunes auxiliados de vidrios oscuros”. De lo anterior se dedujo que el eclipse empezó a las 9 horas, 23 minutos y 29

segundos, y terminó a las 12 horas, 49 minutos y 21 segundos del medio día.

Y bueno, la medición de nuestros sabios difirió de la de Caldas 29" al principio y 21" al terminar.

Fin de la historia.

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y NOSOTROS

Se cuenta en el Génesis, 4: 10-11: “Y Iehoua dixo à Cain, Dõde esta Abel tu hermano? y el respondiò, Nosé, Soy yo guarda de mi hermano? Y el le dixo, Que has hecho? La boz de la fangre de tu hermano clama à mi desde la tierra. Aora pues maldito seas tu de la tierra, q̃abriò su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano” (Biblia del Oso, 1569). Y nos hace meditar. Dios pregunta: dónde está Abel *tu hermano*, no cualquiera, sino *tu hermano*; y Caín responde: no sé —aunque sí sabe—, y luego añade: acaso soy guardián de mi hermano —también lo sabe—. Como Caín nos preguntamos ¿Somos guardianes de nuestros hermanos? Esto hago mientras leo los periódicos de este obscuro 2018 y la muy documentada investigación de José Francisco Restrepo: *La dinámica del conflicto en los Montes de maría (1995-2005)* ¡Cuánta crueldad! Podríamos ser indiferentes a la pregunta de Dios. No lo sé y me siento como Caín cuando esto digo.

La sangre clama desde la tierra y, por lo que parece la cosa, es de nunca acabar. Así nos lo cuenta Fray Bartolomé y creo en su autoridad, a pesar del manto de duda que se ha arrojado sobre sus dichos y sobre su mismísima persona,

como quiso el infame Menéndez Pidal. En 1552, se publica en Sevilla, en casa de Sebastian Trugillo, frentero de la Iglesia de Nuestra Señora de la Gracia, la *Breuissima relacion de la destroycion de las Indias / colegida por el Obispo do fray Bartolome de las Casas o Casaus de la Orden de Sacto Domingo (...)*, un libro de intención pía, veraz y ajeno a la mentira. Quien narra, lo hace como testigo presencial. Tenemos noticia de su proceso de constitución.

En primer lugar, Bartolomé refirió oralmente los hechos hazañosos de los españoles en las Indias, en especial las matanzas (*Circa* 1540), después los redactó (1542) y, al final, los puso en molde (1552), “porque Su Alteza la leyesse con mas facilidad”. La intención pía, nos consta, era avisar al rey —quien tenía, por Dios y por la Iglesia, a su cargo el cuidado de las nuevas tierras y sus gentes, “para q(ue) se los rigiessen y governassen/ co(n)vertiessen y p(ro)sperassen te(m)poral y espiritalme(n)te” —, de las atrocidades cometidas por los cristianos, si es que así pueden llamarse; se trata de evitar a toda costa lo que han dado en denominar *conquistas*, las cuales son condenadas por ley natural, positiva y divina, y cuyo otorgamiento se hace contra derecho, y de seguir estas, acarrearían graves males, pues se hacen de manera injusta contra gente buena y solo movidos por la codicia y ambición.

El libelo se presenta a manera de epítome, de ahí su concisión y como estrechez en la relación de los hechos. Nos manifiesta el valedor de los indios que las nuevas tierras estaban asaz pobladas cuando en 1492 llegaron los europeos con la espada (lo de la cruz es eufemismo). Que los indígenas de la tierra eran gente de buenas costumbres, físicamente endebles, de condición miserable. Escasos en el comer, simples en el vestir, modestos en el habitar y el dormir. Sobre todo era destacable su vivo entendimiento y su capacidad de doctrina. “Son eso mesmo de limpios y desocupados y bivivos entendimentos: muy capaces y dociles para toda buena doctrina: aptissimos para recibir n(ues)tra sancta fee catholica/ y ser dotados de virtuosas costu(m)bres: y las q(ue) menos impedimie(n)tos tienen para esto q(ue) Dios crio en el mu(n)do”. Según el fraile, esta gente sería la más bienaventurada del mundo si solo conocieran de Dios. Pero el comportamiento de los conquistadores, concluye, los alejará definitivamente de la fe católica. Contrariamente, los españoles, le parecen como lobos y tigres y leones crudelísimos y de muchos días hambrientos.

Luego, bosqueja la devastación. Primero, de la América insular: Cuba, San Juan (Puerto Rico), Jamaica, Lucayos (Bahamas), Las de los Gigantes (Curazao, Aruba y Bonaire —Islas de Sotavento—), las Islas Vírgenes y todas las de Barlovento, en total 500 mil almas sacrificadas; segundo, de

tierra firme: entre 12 y 15 millones. Tercero, describe el método de exterminio y lo reduce a dos géneros: la guerra injusta y la áspera servidumbre. La consecuencia es inevitable. Todas esas almas perdidas, sin fe ni sacramentos. Cuarto, descubre una regularidad, solo una ley parecen seguir estos lobos: aumentar y competir en la crueldad.

Pasa luego a relatar de manera más detallada lo acaecido de 1492 a 1541 en esta tierra maldita, triste tierra americana. Entre otras Provincias, habla de Santa Marta, Cartagena, Cali, Popayán y Nuevo Reino de Granada (donde la muerte hizo su asiento y la sed de sangre se ganó la palma). Sobre las cuatro primeras, insiste en que no cuenta ni una milésima parte de todas las barbaries de las que se enteró. Valiéndose de la autoridad de Juan Fernández de Angulo, Protector de Indios, nos dice cuando habla de Santa Marta: “Ninguna cosa les puede ser mas odiosa ni aborrecible [a los indios] q(ue) el no(m)bre de (Christ)ianos. A los q(ua)les ellos en toda esta t(ie)rra llama(n) en su lengua yares, q(ue) quiere dezir d(e) monios: y sin duda ellos tienen razón. Porq(ue) las obras que aca obran/ ni son de Christianos ni de hombres que tienen vso de razon, sino de demonios”.

En la Nueva Granada se detiene, aquí la ley de los lobos conquistadores se cumple a cabalidad: aquí el sumo de bestialidad. La narración de las monstruosidades se basa en

la probanza de Jerónimo Lebrón contra Jiménez de Quesada, se explica en los hechos: torturas, persecución, asesinatos injustificados, cortes de manos, orejas, actos para producir terror en la población mansa de ovejas. Veamos dos: el caso del Rey Bogotá y lo sucedido en Cota. Jiménez de Quesada, una vez sometidas las gentes, mandó prender al señor de esas tierras, sin causa, con el solo fin de conseguir más oro. Este por el miedo que le pusieron, le prometió que le daría una casa llena de oro, para que le perdonasen la vida. Mandó, entonces, a traer todos los tesoros que había, mas como no llenase la casa, pedían los españoles al tirano que lo matasen. Este solicitó que lo trajeran para que él mismo dictara justicia: qué hizo, lo condenó a torturas, hasta que diere la casa de oro: “Danle el tormento d(e)l tracto de cuerda: echavanle sebo ardiendo en la barriga: ponenle a cada pie vna herradura hincada en vn palo: y el pescueço atado a otro palo y dos hombres q(ue) le tenian las manos: y assí le pegavan fuego a los pies: y entraba el tirano de rato en rato y le dezia que assi lo avia de matar poco a poco a tormentos: si no le dava el oro. Y assi lo cumplio y mato al dicho señor con los tormentos”.

El caso de Cota es igualmente memorable. Allí, Quesada tomó muchos indios y los hizo despedazar de los perros: quince o veinte señores principales. Además cortó muchas manos de mujeres y hombres (alrededor de 60 pares de manos) y las ató en unas cuerdas y las puso colgadas de un

palo, y cortó muchas narices a mujeres y a niños; todo para prender terror en los naturales del lugar.

Este era el proceder de los españoles. De repente nos traiciona la memoria, lo de los perros recuerda los caimanes amaestrados de Rodrigo Mercado Pelufo, alias “Cadena” y dan ganas de llorar...

¿REÍR O LLORAR?

Las letras españolas tan dadas a la alabanza de la risa de Demócrito y la condena del lloro de Heráclito —quizá haciendo eco del juicio de Séneca sobre el particular en *De Tranquilitate animi* (XV:2), donde recomienda que es mejor imitar a Demócrito que a Heráclito, pues el primero, cuando aparecía en público, reía; el otro, lloraba. Aquel tenía todas nuestras acciones por necesidades; este otro, por miserias (*et Democritum potius imitemur quam Heraclitum. Hic enim, quotiens in publicum processerat, flebat, ille ridebat; huic omnia quae agimus miseriae, illi ineptiae videbantur*)—. Las letras españolas tuvieron, asimismo, la suerte de hacer una apología de las lágrimas del Oscuro de Éfeso. Fue la obrilla del padre jesuita Antonio Vieyra: *Lágrimas de Heráclito defendidas*, publicada en 1722, con reimpresión de 1755, que hace parte del libro más extenso, compilado por el M.R.P. Fr. Juan Bautista Aguilar: *Varios eloquentes libros recogidos en uno escrivieronlos diferentes autores*, publicado en Madrid, en la imprenta y librería de Joseph Garcia Lanza, entre las páginas 356-370, la que tuvo la fortuna de restituir su derecho al llanto.

Los argumentos que utiliza en la susodicha apología son variados: unos inteligentes, los menos; otros divertidos,

los más. Me detengo en tres: el argumento central, un ejemplo que lo ilustra y una interpretación del texto de Séneca que lo confirma. Según el jesuita tanto Heráclito como Demócrito lloraban, pero con diferente modo. Y anota: “Tres maneras ay de llorar: ay llorar con lagrimas: y ay llorar sin lagrimas: y hay llorar con risa. Llorar con lagrimas, es señal de un dolor moderado. Llorar sin lagrimas, es señal de un dolor mas crecido. Llorar con risa, es señal de un summo, y excesivo dolor”. El ejemplo que ilustra, lo toma de Erodoto (también lo usa Montaigne en su ensayo Sobre la tristeza (I,2)) y lo refuerza con el consabido caso de Hécuba. Samnito, rey de Egipto, pierde su reino todo, a manos de Cambises: y no lloró Samnito.

El primer espectáculo tristísimo, una vez derrotado, que pasa ante sus ojos, son sus hijas en hábito de esclavas: y no lloró Samnito. Vio después a su primogénito humillado, cautivo, encadenado, con esposas en la mano y un freno: y no lloró Samnito. Pero cuando vio a un criado suyo mendigando: prorrumpió en lágrimas Samnito. Asombrado el Persa le pregunta por la causa de su comportamiento, a lo que el Egipcio responde: Oh hijo de Ciro, fueron tan grandes los primeros dolores (los de su familia), que no admitían lágrimas (*Domestica mala, graviora sunt, quam, ut lachrymas recipiant*). De este ejemplo concluye el padre Antonio: “El dolor moderado, saca las lagrimas; el grande, las embarga, y las yela: dolor, que

puede salir por los ojos, no es grande dolor; por eso, pues, lloraba Demócrito, porque era poca demostración de su dolor, llorar con lagrimas, ò sin ellas; y para exagerar su mayor dolor, no lo significaba llorando, sino riendo". Cierro con la interpretación que lo confirma. Vieyra se vale de la autoridad de Séneca para sostener su tesis: la risa de Demócrito es la reacción a un gran dolor o un llanto "con diferente modo". Afirma que, de acuerdo con Séneca (la cita tiene algunos elementos espurios que no modifican el sentido y no vamos a discutir), Heráclito llora por nuestras miserias; Demócrito ríe, por nuestras necedades. Puesto que en este mundo hay muchas miserias que no son necedades y que se sobrellevan por necesidad, pero no hay necesidad que no sea una miseria, o mejor dicho, una desdicha real y profunda, por cuanto nace de un error del entendimiento o de la voluntad, colige que mayor razón tiene Heráclito en llorar, que Demócrito en reír.

Sigo ahora con lo cotidiano, lo banal de esta defensa y, luego, el picantico de la empanada. Por alguna razón, el chisme o la anécdota, despiertan nuestro más vivo interés, como bien indica Gómez Dávila: "Los hombres no nos interesamos sino en los hombres; nuestros gestos despiertan nuestra mutua curiosidad; por una insignificante anécdota cambiamos el sistema que costó treinta años a su autor. Sólo el chisme no se marchita". Esta defensa tuvo lugar en Roma, en la academia que tenía en su palacio la Reina Christina de

Suecia, en el año de 1674. El problema que se propuso fue el siguiente: “Si el mundo es mas digno de risa, ù de llanto. y assi, quien acertaba mejor, si Democrito, que reìa siempre, ò Heraclito, que siempre lloraba”. Las causas se le asignaron a los jesuitas Gerónimo Cataneo y Antonio de Vieyra. Este le dio a escoger a aquel qué causa defender: se decidió por la de la risa, la cual defendió con elocuencia. Luego, presentó el otro su discurso, la causa que hemos comentado aquí. Ambas fueron hechas en italiano y traducidas al español.

Para finalizar: el picantico. Algunos comentaristas aseveran que la principal inspiración del padre Vieyra fue el cuadro de José de Ribera, donde un hombre, presuntamente Heráclito, escribe sobre un libro y mira al espectador, con una lágrima corriendo en su mejilla. Esto es poco creíble.

LA REDENCIÓN DE VARGAS VILA

Vivir es difícil: cada día debemos buscar razones para darle algún sentido. Entramos a la vida con dificultad; pero salimos de ella como resbalando por una pendiente. Para matarnos basta un guiño. Los sucesos ocurrieron en un parque de Panamá. La fecha, no es segura, entre 1910 y 1911. Dos jóvenes policías se suicidaron. Dejaron una nota que decía: “Las razones de nuestro suicidio búsquense en la página 229 de *Ibis* de Vargas Vila”.

Lo que dice José María ahí nos parece en realidad una perogrullada, empero bastó para que aquellos dos cercenaran el hilo de plata. Estos son los argumentos: “(...) Cuando la vida es un dolor, el suicidio es un derecho. Cuando la vida es una infamia, el suicidio es un deber. El suicidio es siempre una virtud ¡Cobardía! Así lo llaman los cobardes, que buscan una disculpa á su infamia de vivir, y apellidan valor la vergüenza de su vida. Según ellos, vivir es una acción distinguida de valor, y el mundo está poblado de valientes. El valor que tiene miedo de la muerte ¿Es el valor? Saber vivir es ciencia vil. Saber morir... *THAT IS THE QUESTION*. Vivir es un instinto animal. Pero morir, morir por sí mismo ¿Eso qué es? Romper con el instinto de conservación, con el miedo de la

bestia, instinto salvaje y cruel, por el cual se cometen todas las claudicaciones de la vida, dar un puntapié al mundo, volver el rostro al sol, y desafiando á Dios entrar sereno en la sombra por la única puerta que la dignidad ha dejado abierta: eso es el suicidio. La rebeldía al dolor, á la debilidad de las lágrimas, á las humillaciones del sentimiento. La rebeldía á Dios: eso es el suicidio. Decirle á esa potencia ciega, inexorablemente muda. Tú has creado el dolor, yo escapo de él (...)" (Paris: Librería Americana, 1917).

Aquel, soberbio, cuando se enteró de los acontecimientos y el revuelo que causaron, ante la pregunta de si no sentiría remordimiento ese corruptor de la juventud, esputó: "¿Qué es el Remordimiento? Lo contrario del Orgullo, una flaqueza, ¿Por qué he de sentir Remordimiento de ver abrirse rojas de sangre las flores que yo siembro? Destruir es más glorioso que crear". Él era un decadente: enfermo de romanticismo. Pero... había un no sé qué de dulzura en ese ser, que me impide desdeñarlo de tajo. Su tristeza llegó a tal punto que se exilió a sí mismo en un sanatorio de tísicos en Villa Shultz, Basilea, Suiza, *circa* 1910-1911(¡Poco importa!). Llegó en busca de soledad y encontró entre los moribundos *la fraternidad del dolor*, esos seres desahuciados le fueron caros, le dieron la hospitalidad y el cariño, que los vivos, y la vida misma, le negaban. Se despertó una mutua compasión: pues ellos no temieron su mal y él no temió el de ellos. En ese escenario de

desesperanza, escribió unas notas variadas, que se publicaron en París, Librería de la viuda de Ch. Bouret, 1912, bajo el título de *Huerto Agnóstico*. Entre las páginas 26 y 30 nos descubre su más hondo y noble aspecto, el de hijo y hermano. De su madre afirma que fue una santa, una mártir, bella y triste; que por ella fue poeta, poeta triste; y toda su vida interior se la debe a esa mujer. De su padre qué de palabras profiere; sin rencor, sin dolor, lo acepta, como un héroe de causas perdidas, como las de la humanidad y la libertad y la justicia; de él heredó el ser un gran vencido. De sus hermanas, lauda su solitaria virginidad, su entrega total a un dios inexistente, consunción de sus vidas en la plegaria, el altar y el templo; lejos de los hornos del placer carnal. Fue un hijo y hermano pleno de amor. Y ese solo amor lo redimió. Eso quiero creer. Él, que aborreció la vida, vivió hasta el final.

El rabino Najmán enseña que debemos juzgar a todos de manera favorable, incluso al malvado, para elevarlo a la escala del mérito. También Vargas Vila tuvo su virtud.

UN MANUSCRITO EN MOMPOX

La amistad tiene caminos insospechados. Un manuscrito, una afición, una topografía fantástica, a veces son suficientes para estrechar dos vidas para siempre. Los tres concurren para este lazo que me une a Manuel Raad. La afición, tratándose de mí, es obvia. No tanto lo demás. Aunque no me crean, MompoX es una ciudad excepcional. Esto lo supe por su abuelo, que era un inmigrante Libanés, y le había legado, además de la pasión por el Quibbe crudo y la Berenjena, la mejor biblioteca de Magangué, un pueblo a las orillas del Magdalena. Así que hablar con él era exponerse a dos mil referencias bibliográficas, algo, por lo demás, en muchas ocasiones, bastante aburridor.

Para cada acontecimiento, había alguna referencia bibliográfica. Por ejemplo, como lo conocí en la Villa, decía que eran cosas de la supervisión divina, pues nuestro encuentro, ya había sido escrito en el Libro de la vida, que para él no era otro que la *Encyclopedia metodica. Geografía moderna*, publicada por Don Julián de Velasco y Don Juan Arribas y Soria, en Madrid, en la Imprenta de Sancha, 1792. Y como su retentiva era prodigiosa, citaba de memoria la entrada sobre MompoX: “Villa grande, rica, y comerciante de la América meridional

en el nuevo reyno de Granada, perteneciente a la provincia y Gobierno de Cartagena. Hállase situada en el gran valle de Uparí, á la orilla occidental del caudaloso rio de la Magdalena, pocas leguas antes de donde recibe al Cauca. Fundóla año de 1540 el célebre Gerónimo de Santa Cruz, quien la dió su apellido por nombre, junto con el que antes tenia. Es de temperamento sano, sin embargo de ser de clima caliente y húmedo, á causa de los muchos pantanos, y aguas estancadas que la rodean. Habítanla Indios naturales del pais, y varias familias Españolas nobles, y bastante acomodadas; por lo qual se dice que todos sus moradores tienen la nota y credito de cavilosos y litigantes. Hay una buena Iglesia Parroquial y tres Conventos; uno de Frayles Franciscos Observantes, otro de Agustinos, y otro de Religiosos de San Juan de Dios. Hubo tambien una casa ó Colegio de Padres Jesuitas que ya no existe; y lo que sí hay es Aduana Real donde se recogen los géneros y mercaderías, y se pagan los derechos de quanto sube por el rio al nuevo reyno de Granada. Esto procede de ser Mompóx el embarcadero mas comun para subir por el Magdalena á las provincias del Chocó, Popayan, y otras, por cuyo motivo es pueblo muy comerciante, y de mucho tráfico, el qual le hacen en cacao, algodón, tabaco, y cañas dulces, que son los principales frutos de aquella tierra; como tambien comercian en esteras de paja, llamadas petates, y en abanicos, y otros muebles que texen de la misma materia con

habilidad y primor; por lo qual son muy estimados en todo el pais. Es villa algo incomoda, por la pension que padece con frecuencia de la plaga de mosquitos que en ella se levantan, y todavia mucho mas por los grandes y voraces caymanes que cria aquel caudaloso rio, los quales saltan á tierra á devorar las gentes si las encuentran, ó á comerse las inmundicias que se arrojan del pueblo. Las inundaciones del rio han afligido tambien varias veces á Mompóx, especialmente la del año 1762, que obligó á sus vecinos á abandonar la villa, y salvarse como pudieron en grandes canoas (...). Manuel Raad añadía ladino: lo de caviloso se refiere a ti, que eres filósofo; lo de vender paja a mí, que soy abogado.

El cuento es que en el convento de Agustinos se había encontrado un manuscrito, que él acababa de comprar (yo creo que en realidad lo había robado). Yo estaba en la plaza tomándome un aguae'coco para poder aguantar la temperatura y el bochorno.

Él, al verme sentado en la banca, me hizo una seña, para que lo acompañara a la iglesia. Lo seguí. Me dijo: “¿Quieres ser un Caballero?”. No entendí su pregunta. Me miró meneando la cabeza. Extrajo del bolsillo del saco de lino —cosa extraña para nuestra época y para el clima de este siglo; pero él es así: excéntrico—, un manuscrito encuadernado en pasta, de cincuenta y seis folios, sin contar los nueve iniciales de guarda

y los nueve finales. Los textos parecían escritos a plana entera, por diversas manos. El primer tratado, que fue el que giró nuestras vidas en aquella iglesia, poseía folios en pergamino y papel, numerado en la parte superior derecha con numeración en rojo (I-XIII) y estaba antecedido por un índice, numerado en la parte superior derecha con el número romano VI y por un encabezado, numerado en la parte superior derecha con el número romano II, que rezaba: çirimonial de prinçipes. Me dijo: “Este manuscrito vale oro” y empezó a leer en tono ceremonial, minutos antes del Ángelus: “Es bien que sepamos com(m)o se arma cauallero e la forma es esta. Vn dia antes que se arme o de medio dia arriba tiene vygylia e nobles escuderos el dia syguiente lo syrue(n) en (e)l van(n)o o lo ruzian con agua rosada cortestamente echanle en vn lecho grande espaçioso. E quando se leuante del los escuderos lo visten de preçiosos pan(n)os e lieuanlo a la ygl(es)ia a velar e ruegan por sus pecados a Dios /Fol. XI/ E por guarda del noble estado de la caualleria fincando sus ynojos E dende adelante se deue esforçar de orar en pie asy com(m)o aperçebido. El dia syguiente oye misa, la qual acabada el rey le pregunta sy q(ui)ere vsar de caualleria. E responde que sy. E el rey le pregu(n)ta sy guardara e onrrara el estado de la caualleria responde que sy. El rey ma(n)da a vn cauall(er)o q(ue) lo calçe a dyestro e a syniestro E çyn(n)enle el espada apretada sobre las ropas en sen(n)al de prudençia e fortaleza tenprança

e justicia". En el momento más vehemente lo interrumpí cortésmente para matarle un mosquito... *Ángelus Dómini nuntiávit Maríae* (se oyó al fondo)... Y así empecé a quererlo.

Post Scriptum. Pido perdón por esta historia tan íntima, pero bueno, qué más da.

LA MAMÁ PARA LA QUE NO HA SIDO MALTRATADA

Los hombres son expertos en vulnerar a otros hombres, pero lo son más cuando se trata de las hembras. Los casos se multiplican y da hasta vergüenza de género. Aquí en la tierra como que a los machos les pesan mucho las pelotas. Caín mató a Abel. Patricio, el padre de San Agustín, le era infiel a Mónica y, para rematar, era colérico. El mal era generalizado, las matronas del círculo de amigas de Mónica traían “señalados, y afeados sus rostros con las señales de los golpes que les dauan” sus maridos (*plagarum vestigia etiam dehonestata facie gererent*). Y esto sigue. Por ejemplo, Rafael Uribe Noguera secuestró, violó y mató a Yuliana Samboní, una niña de tan solo nueve años. Aquí y allá, el padre, el tío, el hermano y el que sea, se abroga derechos sobre los cuerpos y las almas de otros, mejor dicho, de otras. En este tema la historia es rica en sandeces. Hay dos casos que han llamado mi atención, el de Hipatia y el de Eva Pinzón, alias La Ñapa.

El primero, se encuentra bien detallado en Gilles Ménage, *Historia mulierum philosopharum*, Lión, 1690, entre las páginas 52-63. En este libro, según testimonio de Nicéforo, esta alejandrina era hija del filósofo Teón, quien la había

instruido muy bien. Se destacó en la ciencia y superó a todos los de su siglo. Sucedió a Plotino en la escuela que él mismo fundó. Además, y de acuerdo con el testimonio de Suidas, era una mujer que descollaba por su hermosura (*Formofam fuisse ait Suidas*). Era una sabia. Eso está muy bien, pero no es lo que nos interesa. Pasemos a los hechos sobre su asesinato. De acuerdo con el mismo Nicéforo todos la respetaban y reverenciaban, hasta que contra ella se levantó la *envidia*. Como se reunía frecuentemente con Orestes (Prefecto de Alejandría), esto suscitó la calumnia contra ella, por parte del clero de Cirilo (Arzobispo de Alejandría). A causa de ello, un grupo de seguidores, viéndola un día regresar en su carruaje, la hicieron bajar, la arrastraron por la fuerza a la iglesia denominada César y, desnudándola, la torturaron con fragmentos de cerámica hasta que expiró. Luego la desmembraron y la llevaron al Cinaron, donde la quemaron (*atque ibi vestibus nudatam, testarum fragmentis enecârunt: deinde membratim dissectam in locum qui Cinaron dictus est, duxerunt, atque ustularunt*). Algunos otros datos añaden Hesiquio, el más ilustre, y Sócrates.

El segundo, está consignado en varias fuentes de todo el país. Nosotros nos basamos principalmente en el Periódico cartagenero *El nuevo Argos*, papel de corta vida, editado por el intelectual Manuel Evertz, de origen curazoleño. Los hechos se desarrollaron el 28 de abril, en las horas de la madrugada,

del año 1922. El escenario fue Bogotá, en un predio atrás de la Quinta de Bolívar, cabe el río San Francisco. Eva pinzón, de profesión prostituta (dicen algunos), posteriormente la Santa Ñapa, de acuerdo con Armando Solano, fue brutalmente asesinada por Julio Sierra, Alfredo Orjuela y una jauría de féminas celosas. El crimen escandalizó a la sociedad bogotana, por el grado de sevicia del asesinato: 32 puñaladas en el abdomen y tres pedradas que le destrozaron la cabeza (cuentan otros que el cadáver fue relleno con piedras y arrojado al río). Los posibles motivos fueron celos, envidia. *Ecce...* Dos mujeres, una casta y otra licenciosa, vilmente asesinas: ¿crímenes pasionales?

Como dato curioso Jorge Eliecer Gaitán fungió como abogado defensor de una de las mujeres sindicadas y adquirió fama por su defensa.

¿CÓMO FORMAR UNA BIBLIOTECA?

Los Índices de libros prohibidos son, contrario a lo que podría opinarse, obras magistrales de la literatura y del pensamiento. Esto lo digo tanto en la causa eficiente, como en el fin, en la forma y en la materia. Y es que también autores como Valdés (1559), Quiroga (1583), Sandoval (1612) o Sotomayor (1640), *verbi gratia*, son sabios censores. El índice de Valdés, publicado en 1559, inicia con un versículo bíblico, tomado de Filipenses 4: 8-9, que resume bien la intención pía de estos santos libros: “Resta, Hermanos, que todo loque es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo sancto, todo lo amable, todo loq̃ es de buen nombre: si ay virtud, si ay alabãça, esto pensad. Loque aprendistes, y recibistes, y oystes, y vistes en mi, esto hazed: y el Dios de paz será con vosotros” (Biblia del Oso, 1569, en el original en latín). Fernando Valdés Arzobispo de Sevilla e inquisidor general cumplía una misión evangélica al componer esta obra contra la herética pravedad y apostasía en los reinos y señoríos de Felipe II. Ella estaba avalada por el Papa PAVLO .IIII., que prevenía a su grey de lo nocivo e inconveniente de que los fieles abrevaran en fuentes turbias: esas de libros que contenían errores, doctrinas escandalosas, sospechosas y mal sonantes contra la fe católica.

Esto hizo al expedir un *Breve*, donde se mandaba y prohibía a cualquier persona, de cualquier estado, tener y leer los libros peligrosos. Para poder cumplir dicho mandato, ordenó el Consejo de la Suprema y General Inquisición a hombres de letras y conciencia hacer *catálogos* que se imprimiesen y publicasen en todos los reinos. Esta forma de catálogo es una verdadera genialidad artística, adecuada al fin y bella desde todo punto de vista. Lo mismo no se puede decir de la materia de estos Índices, opuesta a su fin, pues ellos versan sobre esos libros que atentan contra la fe y así hoy nos dan noticia de las exquisiteces prohibidas: del fruto del Edén.

Para la muestra un clavel. De nuestro amado Erasmo: *Enquiridion del caballero Christiano*; de Savonarola: *Exposicion del Pater Noster*; de Gaspar Schuvenfelt: *Epistola de cursu verbi Dei*; de Lutero: todos los libros; George de Montemayor: obras que traten sobre *devocion y cosas christianas*. También: *Libri de Nigromantia, cum invocatione demonum: vel qui sapiant manifeste haeresim*; *Salomonis clavicula*; *Belial procurador de Lucifer, contra Moysen procurador de IESU Chisto*; *Contemplaciones del idiota*; *Harpa de David*; *Gamaliel*; *Proverbios de Salomon, Espejo de pecadores...* y muchos otros. Como se trata de ilustrar, sin aburrir, demorándonos en lo concreto, aquí va otro dato. Este lo encontramos en el *Novissimus index librorum prohibitorum et expurgandorum pro catholicis Hispaniarum Regnis Philippi IIII, iussu ac studiis D. Antonii a Soto Mayor*, Madrid, 1640. Tomo 1.

Regla XIII, donde se condenan el Thalmud y otros libros de Rabinos y Hebreos (mis favoritos): “Prohibense todos los libros del Thalmud, con sus Glosas, Anotaciones, Interpretaciones, y exposiciones; los Cabalisticos, y los otros impíos, y nefandos libros de los Hebreos (...), y los libros de los Rabinos, ò de otros cualquier Hebreos, ò iudios, ò de Moros, que de proposito enseñan la ley iudaica, y sus ceremonias, ò la secta mahometana, ò cuyo principal argumento es contra nuestra santa Fe Catholica, ò contra las costumbres, ò ceremonias universales de la santa Iglesia Romana: ò contra las comunes Exposiciones de los sagrados Doctores, y de los Sanctos, en el sentido litteral de la Sagrada escritura (...).”

Siempre he sido del parecer de que nadie puede privarse del placer de la buena literatura. De aquí se colige que la lectura de los Índices vivifica el espíritu y edifica, deleita y previene nuestra alma del error. Por esta razón, yo me he impuesto la meta de hacer mi biblioteca contrariando la opinión de aquellos hombres de letras y conciencia.

NO SE COGEN TRUCHAS, À BRAGAS ENJUTAS

Difficilia quae pulchra
(Hippias Maior, 304e)

Hay escritores que nos son gratos, porque crecimos con ellos, porque nuestras experiencias están ligadas a su imaginación y lenguaje. Ellos nos enseñaron lo amable, lo temible, lo bueno. Están tan adentro que nos confundimos con ellos y, por una vaga fuerza de la especie, los trasmitimos ciegamente a las generaciones venideras. Nada nos arrebató la pintura que de ellos tenemos en el magín. En América Latina, ese papel le cupo en suerte a Rafael Pombo. Yo siempre lo imaginé angelical y hermoso. Aún así lo imagino. Sin embargo, Miguel Cané lo describió en su libro *En viaje: 1881 1882*, París, Librería de Garnier Hermanos, 1884, capítulo XVI, página 293, con una crudeza que nos derrumba. Dice: “Pombo es feo, atrocemente feo. Una cabecita pequeña, boca gruesa, bigote y perilla rubios, ojos saltones y miopes, tras unas enormes gafas... Feo, muy feo. Él lo sabe y le importa un pito”. Empero, luego añade, para restituirnos en nuestro mito: “Brilla en su cerebro la eterna, la incomparable belleza

intelectual (...) Pombo es bello por dentro, por la elevación suprema de su espíritu y la dulzura de se [*sic*] carácter...”.

¡Era feo, sin duda! Y ciertamente lo sabía y jugaba con eso, en un poema fechado en febrero de 1895, confiesa:

Adoro la belleza, la inocencia.
La naturalidad, cualquiera cosa
Que recuerde de Dios la complacencia,
Cuando *vio que era buena* su obra hermosa.
Y si el mismo señor, supremo en todo,
Vio que era buena la varona que hizo.
¿Cómo la veré yo, yo que soy lodo
Y crear no sé ni un repugnante erizo?
Me preguntas si te amo. Impertinente
Deja ¡Oh beldad! que tu pregunta llame.
Para eso te hizo Dios, precisamente.
Para que todo el que te mire te ame.
A mí no me hizo como a ti. No es justo
Pretender la recíproca, alma mía,
¿Cómo te ha de creer tan de mal gusto
Quien puesto en tu lugar no me querría?
Dos extremos se tocan. Tu hermosura
Junto a mí resplandece y se agiganta;
Y es una positiva desventura
Que ame tanta fealdad belleza tánta.

¡Ay! A Pombo le pasaba, lo que le pasa a todos los feos, era también enamorado y pretencioso en la conquista. Cordovez Moure, en sus prolifas *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*, serie segunda (con prólogo del mismísimo Don Rafael), Librería Americana, 1910, página 397, nos relata los requiebres amorosos del vate en su juventud. Para esos años Luisa Armero era el delirio de los mozalbetes y la más bella mujer de Bogotá. Los domingos, a las ocho de la mañana, concurría lo más granado de los *Cachacos* a la Iglesia de San Agustín (en la séptima con séptima, en la esquina), con el único propósito de rendirle pleitesía a la admirada damisela. Ella y su amiga Elvira Levy eran la sensación en todo baile, paseo o fiesta familiar. Bueno, a esta pretendía nuestro esperpento de hombre. Y tan garoso, que una vez, en el puente de San Agustín, por andar de picaflor, viendo la señorita Armero cómo el vate cortejaba a otra, esta entró en celos, por lo cual, con el fin de corregir el entuerto, Pombo se vio en la necesidad de componerle un poema que reza: “La vi en el puente como un lucero...” .

Era feo, muy feo, rotundamente feo, ¡Cierto! Pero uno de los mejores poetas de la lengua, remacha Cané. Pero donde más descollaba su hermosura era en su modestia. Él sabía que esta tiene el lugar primero entre las virtudes, a las cuales acompaña, “para realzar su precio”. Por ello fue modesto, en grado sumo. Lo poco que publicó de conjunto,

lo hizo por necesidad en Nueva York (qué tragedia: un poeta en esa ciudad). Para ganarse la vida en ese Leviatán (cuando fue destituido de su cargo diplomático), ofreció sus servicios de escritor, traductor y adaptador a la Appleton & Co, que para aquel entonces editaba libros ilustrados, con cuentitos morales, que distribuía para toda América Latina. De ese trabajo, salieron los cuadernos: *Cuentos pintados*, 1867; y *Cuentos Morales para niños formales*, 1869. Fuera de esto, nada más de su producción reunió. Él le tenía un miedo irrestricto a hacer un florilegio de su obra dispersa: más de una vez, prometió dicha colección, cosa que nunca cumplió (salvo un folleto de sonetos teológicos, que llamó *Revólver místico*).

Por la ley 87 de 1912, con el fin de honrar la memoria del poeta, se ordenó erigirle un busto (qué ironía) y publicar, por cuenta del Estado y previa anuencia de la familia, sus creaciones, bajo la supervisión de la Academia Colombiana de la Lengua. Esta labor le fue encargada, por la Academia y reconocida por la familia, al intelectual Antonio Gómez Restrepo, albacea de Pombo, cuya sapiencia y biblioteca eran proverbiales en la *provinciana* capital. En 1916, en la imprenta nacional, Bogotá, dio a luz el tomo I de *Poesías* y un volumen intitulado *Fabulas y verdades*; en 1917, el tomo II de *Poesías*, junto con otro de *Traducciones poéticas*. Esplende la belleza en esos poemas.

Por otra parte, la fealdad de Pombo, me trae a la memoria la de otro feo hiperbólico, pero bello interiormente. La descripción la tomo de Jenofonte: *Xenophontis sapientissimi et fortissimi viri, Quae extant opera*, en su Banquete (*Convivium*), edición de Enrique Estéfano, traducción latina de Ioanne Ribbitto, 1561, página 519B-520E. Se trata del Sileno Sócrates; y cómo era: ojos mirones y prominentes (*emissitii & extantes*); nariz chata, con las fosas para arriba (*nasus meus autem erectus est*); bembón (*labra crassa*); y boca'e chocoro, grande para morder.

¿Cómo tasar la belleza?

¿POR QUÉ NO VIVIR EN BOGOTÁ?

Con toda razón dice el escritor y amigo Ernesto Zarza González que el picante de la historia está en el embuste, porque aquella es una masa insípida de desaciertos y estupideces que se repite sin cesar, sin ninguna aspiración a cambio. La pobreza a la pobreza se parece; no ocurre lo mismo con el engaño: los hombres tenemos mil formas de chismorrear, de quejarnos y, sobre todo, de mentir. En 1876 se publica en Bogotá, por la imprenta de Manuel de J. Barrera, *La patria de los ilustres Nariño i Bolívar: o sea Las confidencias de dos amigos con un consejo oportuno*. Este panfleto es un verdadero popurrí de quejas, denuestos, críticas, animadversiones y mentiras, organizado por Ambrosio López Pinzón, para disuadir a José Trinidad Romero de un extraviado propósito. Se compone de dos cartas, una reseña sobre la miseria en la capital, dos artículos del ilustre intelectual cartagenero Manuel María Madiedo, y un artículo que, según López, retrata a los liberales de aquel entonces.

En carta del 20 de agosto de 1875, enviada desde Jiramena, pueblo en las márgenes del río Meta, Trinidad solicita el consejo de su muy distinguido amigo Ambrosio sobre su deseo de establecerse en Bogotá, comprar una estancia en las

afueras, cuyo valor esté entre los 500 y 600 pesos, y que le permita ganarse la vida como agricultor; la vida incivilizada, la indiada y las selvas, lo tienen harto. A lo cual responde el amigo de manera circunstanciada y documentada, no con la bandera de partido, sino imparcialmente, como quien quiere lo mejor para un ser querido. Las razones expuestas en la carta, variadas y desordenadas, se pueden resumir en la debacle del país, que se llama *radicalismo*. La corrupción generalizada; una filosofía utilitarista e individualista y de trazas epicúreas (la de Bentham); la extensión de la diabólica masonería; el “derecho” a la usura; el monopolio de las tierras (debido a la desamortización) y el abandono de la agricultura; la ausencia de industria; el craso anticatolicismo del gobierno o, mejor, desgobierno; todo esto hace preferible las tierras incivilizadas de Jiramena, que las de la Capital. Esputa López Pinzón: “Venir a Bogotá (equivale a meterse a los infiernos)”.

Pero donde más la lengua inyecta su veneno y revela su carácter falaz es en la reseña sobre el hambre y la miseria en Bogotá. Lo que para una inteligencia de hoy pasaría por ser un hecho natural, en el Señor López se convierte en tragedia y lamentación: “En Bogotá unas tantas familia viven fiando dia por dia pan, chocolate, carne i papas, todo de mala calidad, en las tiendas de vianderos pobres, dando este triste modo de vivir, un positivo atraso para el que da sus viveres fiados a personas que se les dificulta pagar por no poder conseguir

entrada de dinero bajo ningún medio; i los que han tomado esos efectos, no pudiendo pagarlos con puntualidad, sufren baldones y fuertes humillaciones, dando a estos aun todavía otro resultado no menos triste i desagradable que el anterior, porque lo caro i malo de lo que han recibido al fiado, si bien es cierto, que no son alimentos agradables al paladar, lo peor es que no satisfacen las necesidades del estómago, viviendo, o mejor dicho, muriendo de hambre i en continua debilidad, con la cual se desvelan, no pueden dormir, i por único consuelo, si hai vela, matar pulgas, que para colmo del infortunio Dios ha mandado como castigo esa descomunal plaga que sangra también escandalosamente como sangran los mandatarios”.

No sabemos cuál fue la decisión del consultante. Baste decir que Bogotá no tiene metro, pero tiene Transmilenio.

LA MUERTE DE UN DIOS

Ya no existen los héroes. No porque el barro, avaro en este género, no los produzca, sino porque nadie cree en ellos. Hoy todos son humanos, demasiado humanos. En los cielos ya no hay dioses, tampoco en la tierra. Solo hombres, nada más que hombres. Hubo un tiempo, sin embargo, en el que florecían en el alma del pueblo esos perfiles semi divinos. Hubo un tiempo, *ubi est?*, cuando la mano pródiga de la gleba excluía los huesos y la carne y toda imperfección, y la imaginación pertinaz de la muchedumbre iba lentamente atribuyendo toda perfección predicable solo del Uno. En Bolívar este proceso se dio rápidamente, como asevera Miguel Vengoechea (*Circa* 1865-1866): “Muchos años, variados acontecimientos y profundos cambios políticos se han sucedido en América después de 1831, y nuevas generaciones han venido renovando nuestros pueblos. A medida que esta transformación ha ido verificándose, Bolívar ha aparecido mas grande en su genio y en su raro desprendimiento, y todo lo que se relaciona con su historia despierta vivamente la atención pública”.

Por ello, Vengoechea recibe con interés el manuscrito que le enviase Alejandro Prospero Reverend (médico de

cabecera del Libertador) sobre *La última enfermedad y los últimos momentos del libertador Simón Bolívar*. A este respecto, comenta: “Nada me parece tan interesante en ella como sus últimos días. Ver morir al Héroe y al gran Patriota de la América del Sur, el que había consagrado su fortuna, su existencia en independizar y organizar varias Repúblicas, verle morir, digo, en una modesta casa de campo, pobre, perseguido y acompañado solamente por unos pocos amigos y servidores fieles, es un espectáculo bien digno de las serias meditaciones del filósofo y del político americano”. En efecto, nada es tan interesante.

El manuscrito pasa a letra de molde y se publica, en París, en imprenta hispano-americana de Cosson y c^{mp}., Calle Dufour-Saint-Germain, 43, en el año de 1866. Es en realidad una miscelánea de documentos históricos del más alto valor, tres son excepcionales: el diario de Reverend en lo tocante a la enfermedad que padece Bolívar; el resultado de la autopsia de este; y los detalles de lo ocurrido entre el Libertador y Reverend. El primero, se compone de 33 boletines sobre los progresos y disminuciones del enfermo y del método curativo seguido desde el primero de diciembre de 1830 (cuando llega a Santa Marta), hasta el diecisiete de diciembre, día del deceso. El segundo, no más de tres hojas, narra el resultado de la autopsia y una anécdota sobre el proceso de embalsamamiento; y el tercero, es un anecdotario más personal sobre esos diez y

siete días de padecimientos. En los tres hay algo en común: el hombre en su humanidad más escueta. El primer Boletín nos resume la primera impresión: “S. E. llegó a esta ciudad de Santa Marta a las siete y media de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional “Manuel”, y habiendo venido a tierra en una silla de brazos por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: Cuerpo muy flaco y extenuado; el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos y de color verdoso. El pulso igual, pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de S. E. me pareció ser de las más graves, y mi primera opinión fué que tenía los pulmones dañados (...)”.

En los informes nos encontramos con ese despojo humano que era el héroe, derrotado física y moralmente; lo vemos orgulloso, apurando su dolor en silencio: el de la traición de la vida, que se escapa, y el de sus compatriotas, misérrimos; con sus problemas estomacales, estreñido, cagado, vomitado, meado, escupiendo sangre, sin apetito. Después los delirios, las fiebres, los quejidos, la disminución de las facultades mentales. El 14 de diciembre, en el Boletín 21, Reverend desespera, dice: “Ninguna esperanza nos queda”. El 16 de diciembre orina con sangre; el 17 el médico reporta a las siete de la mañana: “La muerte está próxima”. Concluye

con el Boletín 33: “A las doce empezó el ronquido, y a la una en punto espiró el Exmo. Señor Libertador. despues de una agonía larga pero tranquila.—San Pedro, Diciembre 17, a la una del día— REVEREND”.

El resultado de la autopsia, lo que siempre supo el médico: enfermedad del cuerpo y enfermedad del alma: “Según este examen, es fácil reconocer que la enfermedad de que ha muerto S. E. el Libertador era en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado pasó al estado crónico, y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa (...) también debe confesarse que afecciones morales vivas y punzantes como debían ser las que afligían continuamente el alma del General, contribuyeron poderosamente a imprimir en la enfermedad un carácter de rapidez y en su desarrollo, y de gravedad en las complicaciones, que hicieron infructuosos los socorros del arte”.

Una vez terminada, se inició el proceso de embalsamamiento, pero desgraciadamente estaba enfermo el único boticario de la ciudad, por lo cual le tocó al médico, solo y sin las preparaciones necesarias, emprender la tarea. Duró toda la noche en ello. También tuvo que vestirlo por solicitud de Manuel Ujueta. Se molestó, pues dentro de las piezas de vestido para Su Excelencia, estaba la camisa rota; indignado exclama: “Bolívar, aún cadáver, no viste ropa rasgada”.

En los detalles, Reverend, no aporta mucho, salvo cuando habla de los delirios de Bolívar. Relata que en aquellos estados decía: “No se puede vivir aquí en este país, en donde hay muchos canallas”. Deliraba: “¡Vámonos, vámonos... esta gente no nos quiere en esta tierra..!”

Ya Bolívar estaba perdido, estragado.

Susurra su *Eli, Eli, lama sabachthani?*: “¡Cómo saldré yo de este laberinto!”.

Ya no era un hombre.

OLLANTAY: AHÍ DONDE ESTÁIS QUEDAOS

Una forma de medir la grandeza de un pueblo es a través de la costumbre del saludo. Los antiguos Incas dan fe de esta alteza de espíritu: cuando dos se encontraban, uno decía: *Ama sua, Ama llulla, Ama qquella* (no robes ni mientas ni seas ocioso) y el otro le respondía: *Hinallatac Ccampas* (Haz tú lo mismo). Este pueblo sabio y poderoso, regaló a la historia de la humanidad el *Ollantay*, uno de los más bellos dramas que hayan sido. Probablemente fue compuesto entre finales del siglo XIV y el XV (aunque Mitre piense lo contrario), durante el reinado de Túpac-Yupanqui o el de su hijo. Fue por algún tiempo erradamente atribuido al padre Antonio Valdez, cura de Sicuani hacia 1781, por el tiempo de la insurrección de Tupac Amaru, y a quien perteneció uno de los manuscritos más importantes (sobre esta falsa atribución puede consultarse el testimonio de Vicente Fidel López, en *Les races aryennes du Pérou*, Paris, a la Librairie A. Frank, 1871, páginas 325-326).

La primera noticia de la existencia de este drama la tenemos gracias a don Manuel Palacios, en el periódico *Museo Ilustrado*, núms. 5-9, publicado en el Cuzco en 1837, donde dice que, si bien la historia viene de una tradición

antigua, el drama fue escrito por Antonio Valdez. Años después Don Mariano Eduardo Rivero citó dos fragmentos en su *Antigüedades peruanas*, 1851, Viena, página 116. Fue transcrito y publicado íntegro por primera vez en 1853, en Viena, por el naturalista suizo Johann Jakob von Tschudi al final de su *Die Kechua Sprache* páginas 71-110 (basándose en el manuscrito conservado en el Monasterio Dominicó del Cuzco y copiado por el artista de Múnich: Rugendas, pues el original se encontraba en estado lamentable), y pasado al alemán por este mismo en 1875, en *Ollanta: ein altperuanisches Drama aus der Kechuasprache*. Para ello usa tanto el manuscrito Dominicano, como otro fechado en “La Paz, junio 18 de 1735”.

También fue vertido al inglés por Clements Markham, en 1871, en *Ollanta: an ancient Ynca drama* (basándose en el manuscrito de Don Pablo Justiniani —cuyo padre era descendiente por línea materna de Hualpa Tupac Inca Yupanqui—, y que el mismo Markham transcribió en abril de 1853 y comparó con el manuscrito del Dr. Rosas, ambos copias del de Valdez), y comentado en un estudio denominado *Poesía dramática de los Incas: Ollantay*, incluido en su traducción de la segunda parte de la *Crónica del Perú* de Cieza de León (hay traducción al español de Adolfo F. Olivares, Buenos Aires, 1883). En español el primero en trasladarlo fue José Sebastián Barranca, 1868; en 1874, lo hace José Fernández Nodal; en 1876, Constantino Carrasco versifica sobre la traducción

de Barranca; y, por último, hay una versión española de la traducción de Gabino Pacheco Zegarra al francés, revisada por él y con prólogo del seguidor y traductor de Proudhon: Pi y Margall, editada en la biblioteca Universal, en 1886. Pacheco se basa en un manuscrito de su tío abuelo Don Pedro Zegarra.

Sobre el argumento baste decir que trata sobre los amores imposibles y prohibidos entre un hombre venido a más por su virtud y esfuerzo: Ollantay, y la hija del Rey Pachacútic: Cusi-Kcuyllor. Muchos aspectos de la obra son destacables y en su conjunto es perfecta; sin embargo, sobrecoge el corazón la Escena III, Diálogo II, versión de Gabino Pacheco (Acto I, escena 5, de Fernández Nodal), pues ahí, en un instante, con pocas palabras y un breve gesto: se siembra el mal del mundo; ahí —digo— reconocemos el rostro pérfido de la soberbia humana.

Se encuentran el rey y el suspirante Ollantay en el interior del palacio. Él está dispuesto a pedir la mano de su paloma. Astuto, antes de arriesgar la petición, le hace a Pachacútic un recuento de sus servicios y fidelidades. Cómo por su valor se ha ensanchado el reino y, también, cómo el rey misericordioso lo ha puesto en una alta dignidad. Sin embargo, suelta la piedra: para él todo eso es nada, pues él anhela la bondad superior de un lugar en su casa, junto a Cusi-Kcuyllor: “Elévame un grado más aún. Mi puesto está

en tu hogar; mi vida entera es tuya. (*Se arrodilla*). ¡Concédeme á Estrella!". No ha terminado de hablar, cuando choca con la respuesta del Rey, respuesta amarga, de aquellos que no ven al hombre, sino su superficie: "Ollantay, recuerda que eres un simple vasallo: cada cual debe permanecer en su puesto; has querido subir demasiado alto" (en la traducción de Markham: "*Ollanta, thou art a man./ Remain as thou art./ Remember what thou hast been./ Thou lookest to high*"). Lo hirió en su corazón, era preferible la muerte. Hubo un largo silencio. Añade el Rey: "No es á tí á quien toca elegir: yo soy quien debe escoger lo más conveniente. No has reflexionado pretension semejante. Vete". Salió Ollantay del recinto y como era de esperarse, luego vino el sufrimiento y la desolación.

¿QUÉ TIENEN LOS POLÍTICOS EN LA CABEZA? UNA RESPUESTA CIENTÍFICA

¿Qué tienen los políticos en la cabeza? Cabe preguntar. Inmediatamente una persona del común, como lo somos todos, respondería que ventosidades de marrano. No obstante, es necesaria una respuesta científica. Esta solución al interrogante ya se intentó. Fue el anatomista Vesalio el primero en hacerlo, según nos refiere Quevedo en *Visita y anatomía de la Cabeza del Eminentísimo Cardenal Armando Richelieu*, y yo le creo. La obra pudo ser escrita con motivo de la declaración de la guerra de Francia a España el 19 de mayo de 1635. En esos años Quevedo escribió varios panfletos contra Francia. En *Visita*, valiéndose de la ciencia anatómica hace una disección de la cabeza del eminentísimo Cardenal, con el fin de mostrar burlonamente que la enfermedad de Francia proviene de su testa abyecta.

La trama de la obra es más o menos la siguiente: Jaques de Belli, abad de San Michael en Her, cita a un congreso al cual concurren Andrés Vesalio, Laurent Joubert, Pedro Bayro, Juan Bacchanelo y Rodolphe Le Maistre y toda la escuela médica de Montpellier. El objetivo del congreso era discernir la causa

del más contagioso y asqueroso humor que en Francia se había derramado y su cura.

De Belli, teniendo en cuenta que la ciencia afirma que estos humores emanan de la destemplanza de la cabeza y que la causa no puede ser la testa del rey, descubre no por conjetura, sino por experiencia, que es la cabeza del Cardenal Richelieu la causa de todos los males, a lo cual asienten todos los concurrentes. Dicho esto, Andrés Vesalio se ofrece a entrar en ella y diseccionarla. Lo primero, para poder realizar la disección, es saber dónde está la cabeza, ya que ni el mismo Cardenal lo sabe. Una vez enterados de que la testa se halla en Roma en una estatua de Jano, Andrés Vesalio emprende el viaje para cumplir su designio.

Con el fin de hacer esta disección, se valdrá del embeleco de coronarle y enriquecerle, es decir, de actuar con la misma astucia del Cardenal, que sufre de la enfermedad *Regia*, la cual, en términos generales, consiste en la ambición desmesurada de poder y riqueza. Se adentrará luego por el oído “porque si bien anda en ellos trafagando todo el comercio de los demonios sin vaciarse de día ni de noche de malsines ni soplones, chismosos, mentiras, enredos, maldicientes (...)”, más bien que por la boca, que aunque sea un paso más anchuroso es más peligroso, ya que por ella siempre está vomitando órdenes de asesinatos y demás acciones impías.

Vesalio hace el viaje y regresa para reportar al congreso los resultados de su observación: lo primero que encuentra en el techo de su cabeza es una ley que observan los hermafroditas en su isla —haciendo referencia a la sátira de Thomas Artus *L’Isle des Hermaphrodites*, obra publicada en 1605 contra el gobierno del rey Enrique III de Francia, y que es la causa de su *Morbo Regio*, pues esta ley rige sus tres potencias como son la memoria, el entendimiento y la voluntad—. Dicha ley reza: “Aquellos de los dichos nuestros Ministros que entre [quisieren] emprender cualquiera cosa contra La autoridad de su señor soberano, descargandole por caridad de sus estados y aliviandole de su carga, en vsurpandolo todo alagaran los Pueblos con toda humildad por adquirir la autoridad de mandar y por establecerse. Mas Luego que se ayan apoderado de todo nosotros les permitimos ser imperiosos e insoportables”.

Se encuentra con que, en realidad, el Cardenal está lleno de sesos en forma de turbante (aludiendo a la relación que mantenía este con los turcos) y con sus instrumentos de disección empieza a moverse por la cabeza con la impresión de que había entrado al infierno, porque solo “halló confussion y ninguna orden furias y penas y condenados y tormentos y demonios y obstinacion”. Con dificultad se movía por esa cabeza llena de libros, informes, advertencias, sátiras de Estado, entre otros, que le entraban por un oído y le salían por

el otro. Vesalio inicia así su visita por la memoria, la cual estaba gobernada por el olvido de la gratitud debida y de las injurias inferidas, etcétera y, principalmente de “la Sanctissima Ley de Françia que excluye del reino al rey por nacimiento sino es catholico [confirmada] por tantas elecciones de Principes Catholicos excluidos por la línea y admitidos por Catholicos y preferidos en la corona de Francia por esto Christianissima a los legitimos sucesores hereges”; y atestada de remembranzas de cosas que deben olvidarse, como, por ejemplo, el recuerdo de la vida de aquellos que se fingieron católicos para alcanzar el poder, pero, a su vez, olvidando los fines desastrados de aquellos impostores. Para terminar la visita al ventrículo de la memoria, Vesalio observa dos libros con el rótulo de Biblioteca Armandina Rochelana: el primero, que le servía como breviario, eran las obras de Rabelais y el otro, *Las parábolas de Cicquot*.

De este modo, escandalizado por el mal gusto del Cardenal y su vulgar veneración por estas obras, pasó de la memoria al entendimiento. Pero, mientras esto narraba, aparece el Señor de la Montaña, que estaba a la puerta y pedía permiso para entrar. Después de esta interrupción, Vesalio continúa la narración de su visita y de lo que encontró en el entendimiento, el cual se alimentaba de una sustancia acre y viscosa procedente de su memoria. El entendimiento estaba precedido por un demonio cuyo nombre era “Yo me

entiendo”. Eran iguales en aquel lugar el ruido, la confusión y las tinieblas y este “todo se ocupaua// en trazas, quimeras y que su principal tarea era sacar consecuencias de lo que tenía en su memoria [para] persuadir su voluntad”. Razonando de manera absurda, a la manera escolástica, sobre como ascender al poder, se la pasaba en un perpetuo movimiento circular, devanándose en laberintos, con tales remolinos y vueltas que Vesalio se asustaba al verle. En este punto el Señor de la Montaña dice: “Es cierto que el Cardenal ha estudiado en los Cartapacios de Lucifer pues toda su doctrina es deponer a su señor”. Prosiguió Vesalio su narración de la visita y lo que vio en la voluntad. A la entrada de esta estaba escrito: *Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas* (lo quiero, así lo mando, valga mi voluntad como razón). Tenía en la voluntad todo lo que tenía en el entendimiento y en una cavidad, cerca de la frente, sobre los ojos, tenía una balsa con humor ácuco que eran lágrimas postizas, utilizadas para manipular y exculpar sus fierezas.

Al finalizar su narración, la escuela de médicos de Montpellier declara que la enfermedad es *Morbo Regio* y que, de su cabeza, infesta a toda Francia y a Europa, en una epidemia que ellos dan en llamar *Armandina*. Consideran que el Cardenal está perdido y que para preservar las otras cabezas regias y el reino, era menester los aforismos de Estado. Por lo cual, los médicos consultaron al Señor de la Montaña para ver si era conveniente referir al rey de Francia los resultados de la

visita de Vesalio a la cabeza del Cardenal. A lo cual responde el filósofo con una precisa lección de maquiavelismo político: “Que no conuenia hacer al Rey semejante Relaçion, porque como oia y via, entendia y hablaua por aquella Caeza antes tendria la acusacion por injuria propia que por culpa agena, que ya hauia oydo algunas cosas destas a que hauia respondido en fauor del Cardenal el señor de Cleonville y otros tales en su libro intitulado Aduertimientos a las Prouincias y que con estas cosas antes el Cardenal encarece sus meritos al Rey mostrandosse martir por su seruicio, y conuatico de los odios de todos que su parecer era, que se ganase persona confidente del Cardenal al Lado del Rey que alauandole sumamente al Cardenal Le dixesse que todo el Reyno decia que su [Magestad] deuia hacer con el todo lo que el Cardenal se saue que quiere ser a costa del Rey y de su sangre; Este camino engendra forzosos celos [en los ánimos Reales, porque descubren su desprecio, y de celos] soberanos, nadie y nada tiene seguridad”.

Para concluir, me pregunto ¿Quién en Colombia padece *armandina*?

EL LOCO DE MILÁN Y EL VERDADERO MOTIVO DE LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN

En nada se manifiesta más aquella esencial inestabilidad de la fortuna que en los encuentros. En nada, también, suele sonreírnos con rostro amigo ella, que es de por sí áspera y, las más de las veces, enemiga. Toparse con un libro o una persona es siempre algo fortuito. Pienso en Sebastián Toscano y Pedro de Ribadeneira, y una traducción y dos libros: *Las Confesiones de S. Augustin traducidas de Latin en Romance Castellano por el padre Maestro fray Sebastian Toscano de la orden de S. August*, en Salamanca por Andrea de Portonaris y *Las Confesiones del Glorioso Doctor de la Iglesia San Agustín traducidas del latin en castellano por el Padre Pedro de Rivadeneyra de la Compañía de Iesus*, en Madrid por la viuda de Alonso Martín a costa de Domingo Gonçalez. El Toscano en 1554 nos pinta al natural, en nuestra lengua castellana, para nuestros ojos débiles, el retrato incandescente, que el padre Agustín, hombre de entendimiento más que humano, hizo de los misterios divinos en su obra *Confesiones*. Como suavemente canta Arias Montano al Divino Africano:

Si el Aguila pintasse la belleza
Del gran planeta, que gouierna el dia:
Aquel retracto mas nos mostraria
Su biuo resplandor, y su lindeza.

Porque ella alça su buelo en grande alteza,
Y en ver la luz está fuerte, y porfia:
Otro pintor terreno no podria
Tal figura emprender por su flaqueza.

La luz de los mysterios, que escreuiste
Padre de entendimie(n)to mas que humano,
Tenia nuestra vista encandilada,

Hasta que por hazernos bien, le diste
Del espiritu tuyo al gran Toscano,
Que nos la muestra al natural pintada.

Sin embargo, dicha pintura al natural, fue algo rústica y descuidada, o ese fue el parecer de algunos. Entonces Fray Pedro, cincuenta y tres años después, presenta una nueva traducción, a solicitud de padres muy graves de la Religión de Agustín, quienes para dicha petición le dan por razón: “Que como el padre fray Sebastián Toscano, no sabia la lengua Castellana, por naturaleza (como el mismo dice) sino por arte, y el arte nunca iguala a la naturaleza, no pudo llegar con su estilo a la propiedad y elegancia de nuestra lengua”.

Hasta aquí los libros y lo fantástico. Ahora hablemos de las personas. La historia la narra Agustín o el Toscano o Ribadeneira, en español o en latín, da lo mismo. Pasó en Milán, aunque eso es una mera curiosidad, y ha podido ser en Cartagena o en Sincelejo. El santo, que en aquel entonces lo era, pero de la secta de los placeres sensuales, vio por casualidad —por fortuna diremos nosotros, para confirmar nuestro punto—, a un mendigo, según le parecía (siempre juzgamos que los demás están en mejor situación que la nuestra), con la panza llena, que se divertía y estaba alegre ¿Cómo no estarlo, cuando nuestra hartura es de vino? Nuestro personaje, al ver su propia y miserable situación: atribulado por los afanes del siglo, por la gloria y todas las vanidades de este mundo fugitivo, comparado con aquel beodo insignificante, pero feliz (si es que felicidad se pueden llamar los ligeros goces terrenales), tasó sin balanza falsa su verdadero peso.

Y es que, excluida la vida beata, que se complace en lo eterno y que goza de los verdaderos bienes, ¿qué mayor dicha puede haber en esta tierra que comer y beber? Este encuentro produjo tal impresión en el joven de Tagaste, que supo que aquel borracho era más feliz que él, tan sabio, tan vano y tan pomposo. Cuentan algunos textos de la segunda mitad del siglo XII (muchos de ellos emparentados con *El libro de los veinticuatro filósofos*, de autor anónimo), que fue este feliz encuentro el que enrumbaría definitivamente su conversión y

no la lectura del *Hortensio*, ni las obras traducidas por Mario Victorino, al cual se le erigió una estatua en el foro romano, ni la mismísima conversión de este sabio al cristianismo; ni el ejemplo de San Antonio, ni siquiera las oraciones de Mónica, su doliente madre, ni la presencia imponente de Ambrosio ni, mucho menos, la lectura de la *Carta a los Romanos* (XIII:13-14).

En fin, nada de esto fue tan determinante, como el encuentro con aquel loco feliz, en su búsqueda del Dios de las misericordias. Ahora cada vez que salgo a las calles en estos poblados de los Montes de María, digo en mis adentros: en cualquier esquina puede estar esperándome la santidad.

UN PROBABLE CASADO EN LAS SABANAS DE SUCRE

Fernando Mora me enseñó que nunca hay que despreciar ni desdeñar nada; mucho menos nuestro terruño y sus gentes, sus costumbres sanas, sus hombres recios, sus mujeres hacendosas. No hay por qué quejarse, aquí se está bien. Solo ayer saludaba unas vacas, mientras el sol mañanero, con sus chorros de luz, atravesaba la neblina y la espesura verde de una ceiba. ¡Cuánta belleza en esta región semi montañosa! No puedo decir que todo es bueno, pero casi. He terminado por amañarme. ¿Cómo no amar esta vida campestre?

En 1584 se publicó en Salamanca, en casa de Juan Fernández, *La perfecta casada por el maestro Fray Luis de Leon*. Este opúsculo es, a mi parecer, la interpretación moral más delicada y noble de la buena y santa doctrina que pone el espíritu santo en el libro de los *Proverbios*, “a donde Dios por boca de Salomo(n) Rey y propheta suyo, y, como debaxo de la persona de vna muger madre del mismo Salomo(n), cuyas palabras el pone, y refiere, co(n) gran hermosura de razones, pinta acabadamente vna virtuosa casada con todas sus colores y partes”. La dedicó el maestro a Doña María Varela Osorio,

para que, por su lectura y conocimiento, y con verdadera afición, alcanzare la perfección propia a su estado de casada.

Admítaseme una digresión. La descripción de Fray Luis de León y su elogio. Para lo primero, valga el retrato que nos presenta Francisco Pacheco en el *Libro de descripción de verdaderos retratos de illustres y memorables varones*, Sevilla, 1599. En lo físico era pequeño y proporcionado; cabezón y de cabello ensortijado; rostro redondo, frentón y de cerquillo cerrado; de piel trigueña y ojos glaucos. En lo moral, un hombre cabal, callado y, por lo tanto, fiable; muy religioso y observante, devoto de la Santísima Virgen. En lo intelectual, un académico de primera línea: doctor en teología, maestro en artes, catedrático por más de 36 años en la cátedra de Tomás de Aquino en la Universidad de Salamanca: “Fue la mayor capacidad de ingenio que sea conocido en su tiempo, para todas las Ciencias i Artes”.

Para lo segundo, la opinión de Antonio Possevino, quien lo alaba tanto en su *Bibliotheca selecta/ De ratione studiorum/ Ad disciplinas, & ad salutem omnium gentium procurandam* (...) dos tomos, en Venecia, por Altobello Salicatio, 1603, en el tomo primero, libro II, capítulo LXX, página 108 D-E; como en su *Apparatus Sacri* (...) Colonia Agripina, por Ionnem Gymnicum, bajo el unicornio, 1608, página 40. Dice de él que es un teólogo de lengua española, de los “principales Intérpretes” (*primarius*

Intepres) de los libros sagrados, entre los de la Universidad de Salamanca, que escribió una “clara y elegante” (*nitidam & elegantem*) exposición latina del *Cantar de los cantares* y del *Salmo 26*, y que también “con muy buen gusto” (*pereleganti*), como “con juicio docto y profundo” (*sensu erudito ac profundo*), interpretó los nombres divinos referidos a Cristo, en su libro *De los nombres de Cristo*, por lo demás también en el comentario al *Cantar de los cantares* —según Possevino—, dijo muchas cosas “pertinentes” (*appositè*) sobre esta materia.

Retomemos. En ese libro, *La perfecta casada*, hace nuestro erudito autor una de las loas más convincentes sobre la vida en el campo. Es trabajar la era —comenta—, una escuela de inocencia y verdad, pues la tierra, con quien comercia el campesino, imprime en él (en su alma y en su pecho), todas las virtudes que ella prodiga: estabilidad, fidelidad, feracidad, liberalidad, etc. Y concluye: “Assi parece que [la tierra] engendra e imprime en los pechos de los que la labran vna bondad particular, y vna manera de condición senzilla y vn trato verdadero y fiel y lleno de entereza y de buenas y antiguas costumbres, qual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres. Allende de que los cria sanos y valientes, y alegres y dispuestos para qualquier linage de bien”. Esto es irrefutable. Lo he comprobado en estas sabanas. Así, he decidido echar raíces *hic et nunc*.

EL CINISMO Y LA COSTA

Hay cosas que únicamente admiten un abierto cinismo, que son llevaderas, si somos seguidores de la secta de Antístenes, Diógenes, Crates y, para los más entendidos, dizque de Zenón. Hay casos en que para mantener nuestra humanidad es menester contravenir el orden social y vivir al natural (*secundum naturam*), como un perro; o mejor dicho, ser un verdadero perro, que mueve la cola a los que son generosos, ladra a los tacaños y muerde a los bribones; los unos son pocos; los otros, muchos; los últimos, los más, por lo menos aquí. Según mi profesor Vicente Raga, una de las principales fuentes para aprender a vivir como un perro, si es que eso se puede llamar vida, se encuentra en los diez libros del doxógrafo Diógenes Laercio, sobre las vidas, opiniones y sentencias de los filósofos, específicamente en el libro sexto, vidas de Antístenes y Diógenes.

Por fortuna para nosotros, que aspiramos a una vida beata y pura, contamos en español con una muy laboriosa, castiza y casta traducción de Joseph Ortiz y Sanz, publicada en 1792, dos tomos, en Madrid, por la Imprenta Real. Sobre la laboriosidad del señor Ortiz y Sanz no me cabe la menor duda: invirtió casi cinco años, desde 1787 hasta 1792, y como

la hizo por sugerencia del Conde de Floridablanca (Carta del 29 de julio de 1787, San Ildefonso), nos podemos imaginar la dedicación que puso.

Para este fin, utilizó las ediciones más acreditadas y una que otra traducción francesa e italiana (La edición de base fue la de Westenio, dos volúmenes, publicada en Ámsterdam, en 1692: *Diogenes Laertii De vitis, dogmatibus et apophthegmatibus clarorum philosophorum libri X: Graece et Latine cum subjunctis integris annotationibus Is. Casauboni, Th. Aldobrandini & Mer. Casauboni: Latinam Ambrosii versionem complevit & emendavit Marcus Meibomius: seorsum excusas Aeg. Menagii in Diogenem observationes auctiores habet vol.II: ut & ejusdem Syntagma de mulieribus philosophis, et Joachimi Kühnii ad Diogenem notas: additae denique sunt priorum editionum praefationes, & indices locupletissimi*. Para casos dudosos y demás la, asimismo acreditada, de Enrique Estéfano, publicada en Ginebra, año de 1570: *De vitis, dogmatis & apophthegmatis eorum qui in philosophia claruerunt, libri 10. Ex multis vetustis codicibus plurimos locos integritati suae restituentes, et eos quibus aliqua deerant, explentes. Cum annotationibus Henr. Stephani. Pythag. philosophorum fragmenta. Cum Latina interpretatione*; también la versión latina de Fray Ambrosio, monje camaldulense, quien fuera el primero en ponerla en latín —hay un manuscrito de 1448, que perteneció al Colegio de la Compañía de Jesús de Zaragoza: *Diogenis Laërtii Vitae, in Latinum translatae ab*

Ambrosio, Monacho Camaldulensi; con dedicatoria a Cosmo de Medicis—; además de la de Tomás Aldobrandini, 1594; Isaac Casáubono, 1615; Lipsia, 1749; dos traducciones Francesas, muy inexactas: Francisco Fougerolles, 1602, y la otra anónima, mejor “aliñada” que la anterior, 1761, en tres tomos; y una Italiana, 1545).

Que la versión de Ortiz fue castiza y casta, es decir uno es igual a uno, lo cual es un halago para nosotros, hombres de bien, gazmoños y mojigatos. Él fue muy escrupuloso, fiel hasta lo posible a la idea; pero, lo más importante, fue muy cuidadoso en “disfrazar” palabras y expresiones vulgares que Laercio usó (inculpable en aquel pobre gentil), con el fin de preservar la moral y las buenas costumbres. Más aún, se tomó el trabajo de anotar brevemente, lo cual hay que agradecer, aquellas expresiones gentílicas ajenas a “la sana moral”, que podían corromper a la juventud, como lo tenía ordenado la Santa Inquisición a los maestros de filosofía (Decreto de 1791, con apoyo del Concilio Lateranense de 1517).

Ahora, permítaseme, como me es habitual, ir a lo concreto. Cuenta Laercio que a Diógenes, el de Sinope, le gustaba hacer todas las cosas en público tanto las de Ceres, como las de Venus. Y sobre estas últimas —vierte en *castollano* Ortiz y Sanz—: “Executando á menudo con las manos operaciones torpes á vista de las gentes, decía: *Oxalá que*

estregandome el vientre cesase de tener hambre!". (Así también en elevado y santo latín...en la edición de Westenio: "*Cumque ante ora omnium turpiter sæpe operaretur; Utinam liceret, aiebat, perfricato ventre à fame conquiescere*" (347 segm. 69); Estéfano: "*Quúmque ante ora omnium obnixè operaretur; Vtinam liceret (aiebat) perfricato ventre, à fame conquiescere*" (223C); y la traducción de Fray Ambrosio: "*Cumq(ue) ante ora omnium iugiter operaretur: utinam licer& aiebat perfricato ventre afame conquiescere*" (119v)).

Carlos Mario Ramos, que oía atentamente mi disertación, me interrumpió y me dijo: "Tú eres marica Negramenta (así me llama el enano ese), si ese *man* parece costeño. Lo que es, es un pajizo y sinvergüenza. Y tiene razón, ojalá se quitara el hambre frotándonos la tripa. ¡Más bien, bebe!". Y sirvió un trago de *ñeque*. No pude más que aceptar.

HÉCTOR ABAD GÓMEZ Y JORGE MANRIQUE

Algunos homicidios parecen estar signados por la literatura, no necesariamente en sí mismos, sino porque tras ellos aparece algún verso cuyo valor queda asociado a esa sangre derramada. La primera vez que supe de la vida de Héctor Abad Gómez fue por una pequeña nota en *El libro de los abrazos*, del autor uruguayo Eduardo Galeano. Con toda la frialdad nos refiere Galeano cómo a finales de 1987, cuando recién se publicaba un artículo de Abad, en la ciudad de Medellín, donde denunciaba que la vida en Colombia valía no más de ocho dólares, este ya había sido acribillado por unos sicarios. Él era en ese entonces —añade— el presidente de la Comisión de Derechos Humanos.

Después de muerto, su hijo encontró unos versos atribuidos a Jorge Luis Borges, en uno de los bolsillos del padre ultimado, quien los había leído en una emisora, unos días antes; así nos narra el suceso, de acuerdo con lo consignado en su diario, Abad Faciolince: “Lo encontramos en un charco de sangre. Lo besé y aún estaba caliente. Pero quieto, quieto. La rabia casi no me dejaba salir las lágrimas. La tristeza no me permitía sentir toda la rabia. Mi mamá le quitó la argolla de

matrimonio. Yo busqué en los bolsillos y encontré un poema". He aquí el canto, según la versión mecanografiada de Franca Beer:

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán y que es ahora
todos los hombres, y que no veremos.
Ya somos en la tumba las dos fechas
del principio y el término, la caja,
la obscena corrupción y la mortaja,
los ritos de la muerte, y las endechas.
No soy el insensato que se aferra
al mágico sonido de su nombre;
pienso, con esperanza, en aquel hombre
que no sabrá que fui sobre la tierra.
Bajo el indiferente azul del cielo
esta meditación es un consuelo.

En razón de estos versos, empezó una disputa sobre la supuesta atribución borgeana, con el escritor Alvarado Tenorio, quien los declara espurios, alegando que es él mismo el autor, en una mala pasada literaria.

Parecida suerte —a la de Héctor— corrió Don Jorge Manrique, después de asesinado en la escaramuza junto al

Castillo de Garcimuñoz. Según se cuenta, en su pecho, debajo de su armadura se encontraron dos poemas, que en 1535, en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, se incluyeron por primera vez y que fueron añadidos por Rodrigo Osorio “sobre dos coplas que hallaron al Señor Don Jorge Manrique en el seno quando lo mataron” (citamos por *Cancionero general de Hernando del Castillo, según la edición de 1511, con un apéndice de lo añadido en las de 1527, 1540 y 1557*, editado por José Antonio de Balenchana, en Madrid, 1882, tomo II, páginas 366-369). Los versos son los siguientes:

¡O mundo! pues que nos matas,
fuera la vida que distes
toda vida;
mas según acá nos tratas,
lo mejor y ménos triste
es la partida
de tu vida tan cubierta
de tristezas y dolores
muy poblada;
de los bienes tan desierta,
de placeres y dulçores
despojada.
Es tu comienço lloroso,
tu salida siempre amarga
y nunca buena;

lo de en medio trabajoso,
y à quien das vida más larga
le das pena.

Assí los bienes muriendo,
y con sudor se procuran,
y los das;
los males vienen corriendo;
después de venidos, turan
mucho más.

Y así es el mundo, un lugar extraño. Quizá detrás de cada muerto haya un poema, que daba sustento a esa vida.

EN DEFENSA DE EPICURO

Estamos en tiempos donde todo degenera. Ante el valor exagerado de los placeres sensuales, el temor a la vejez y la muerte, y la banalización de la felicidad, se podría pensar que hoy día todos somos seguidores de Epicuro. Nada más errado. Esto sería difamar su santa memoria. Quevedo lo supo y emprendió su defensa en *Nombre, origen, intento, recomendación, y descendencia de la doctrina estoica, defiendese Epicuro de las calumnias vulgares*, publicado en 1635 a costa de Pedro Cuello, mercader de libros. Esta obra se divide en dos partes bastante claras. Una primera, donde trata del nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica, y, una segunda, donde se hace una defensa de Epicuro.

Esta segunda parte pudo ser pensada en un principio como una introducción a su Doctrina Estoica, pues escribe: “He procurado desempeñarme de las promesas de esta introducion previa à la doctrina Estoica”. Sea como sea, que esta defensa de Epicuro se sitúe en un trabajo sobre los estoicos no es casual, pues todo el esfuerzo de nuestro autor, aquí, está en demostrar que aquel filosofo tan denostado es, en realidad, un filósofo estoico, un gran filósofo estoico cristiano: “Epicuro puso la felicidad en el deleite, y el deleite en la virtud, doctrina

tan estoica, que el carecer de este nombre no la desconoce” o cuando dice: “Reconoce Seneca à Epicuro por Estoico en la division de los bienes; yo le reconozco por el mejor Estoico en la tolerancia de los ultimos dolores”. Si hay algo condenable en él es su gentilidad, por lo demás su doctrina es recta y sana: “Errores tuvo Epicuro como Gentil, no como bestia, aquello le condenan los Católicos, estos le achacaron los embidiosos”.

He aquí un caso. Epicuro fue difamado desde antiguo (no es cosa de los modernos), por la ojeriza de Diotimo estoico quien “de embidia fingio muchos escritos torpes y blasfemos, y le achacò otros a Epicuro, y los publicò para difamarle, y desacreditar su Escuela”. Por la malevolencia de este y otros como Cleomedes (en la edición de 1635 se lee Leomedes, que es una errata, corregida en la segunda edición): “Autor de condenada memoria, por su libro, en el que llama a Epicuro Tersites de los Filósofos”, y de aquellos que se dieron en llamar epicúreos, se tendió un manto de vergüenza sobre la memoria de este hombre virtuoso. Solo son exculpables los Padres Cristianos: “Muchos ho(m)bres doctos, muchos Padres Christianos, y Santos, le no(m)brar(n) co(n) esta nota, no porq(ue) Epicuro fue deshonesto y vicioso, solo porq(ue) le hallaron comun proverbio de vicio y deshonestidad, en ellos no fue ignorancia, fue gravamen à la culpa, que tenían los que con sus imposturas le introduxeron en hablilla”.

Sobre cuatro temas gira la querrela: la incomprensión de la crítica que este hizo de la dialéctica sofística, la supuesta negación de, primero, la inmortalidad del alma y, segundo, de la providencia, y sobre todo el malentendido en torno a su concepción de la felicidad. Los argumentos a su favor son muchos y de piadosos y virtuosos hombres. Quevedo no emprende esta defensa, él solo es compilador de la que ya hicieron los mejores del pasado y del presente: “Esta defensa de Epicuro no la hago yo, refiero la que hizieron hombres grandes” y luego añade: “No soi quien le defiende, oficio para mi desigual, soi quien junta su defensa”. Sin embargo, se honra de añadir a esta defensa dos cosas: la crítica a Cicerón, por su ambigüedad en relación con Epicuro, ligada al uso que hace de fuentes espurias (“cartas fingidas”) a la hora de realizar sus comentarios; y la sana distinción entre Epicuro estoico y los epicúreos que deshonoran el nombre del maestro: “Se lee frecuentemente, que desterraron de diferentes Republicas los Epicureos; mas nunca à Epicuro”.

No son pocos los nombres que vienen en su auxilio; entre los antiguos, el más grande de todos, Lucio Anneo Séneca, lo defiende y lo cita con profusión: “Todas las veces que necesita de socorro en las materias morales”. “Seneca, cuyas palabras todos los hombres grandes reparten por joyas en sus escritos, repartió en los suyos las de Epicuro, donde se leen con blasón de estrellas”, y añade: “Más frecuente es Epicuro en las obras

de Seneca, que Socrates y Platon, y Aristoteles, y Zenon". Lo cita tanto, que según Quevedo, para poder hacer acopio de estas citas tendría que hacer otro escrito. En el texto trae a colación veinte citas extractadas de las cartas (7, 8, 9, 12, 13, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 46, 54, 67, 93, etcétera) y otro tanto de diversos diálogos y obras espurias. También le defiende con las palabras de Diógenes Laercio, Plinio, L. Torquato, Eliano, con la severidad de Juvenal, Agelio, Lactancio, Lucrecio, Sexto Empírico.

Finalmente, también emplea, en la defensa de Epicuro, algunas palabras de Cicerón, pues este resulta ser contradictorio en su valoración del Sabio, como ya se dijo. Asimismo, entre los modernos Quevedo hace uso de las palabras del diligente Arnaudo, en el libro titulado *Juegos*. Con las del doctísimo español Francisco Sánchez de la Brozas, en su prólogo a *Doctrina del estoico filosofo Epicteto, que se llama comunmente Enchiridion*, y de las del Maestro Gonçalo Correas, en su *Ortografia kastellana nueva i perfeta Dirixida al Prinzipe Don Baltasar N.DS.: El Manual de Epikteto i la Tabla de Kebes, filosofos estoikos Al ilustrísimo Señor Konde Duke, Traduzidos de griego en kastellano por el Maestro Gonzalo Korreas*.

También las de Juan Bernacio, "hombre docto, que en nuestro tiempo, ha sido el solo Comentador juicioso, asistiendo à la mente, y al texto Filosofico del Autor", en su

Comentario a *La Consolación de la filosofía de Boecio*. Así como, finalmente, las de Oberto Gisano, editor de Lucrecio, en la carta a Iohan Sambuco del Prólogo de su edición de *De rerum natura*.

Sobre todo, defenderá a Epicuro con la autoridad de Miguel de Montaña: “El peso elegante y admirable del juicio del Señor de Montaña”, quien “darà fin a esta defensa (...) en su libro, que en Francés escrivio, y se intitula Esais, ò Discursos, libro tan grande, que quien por verle dexare de leer a Seneca, y a Plutarco, leera à Plutarco y a Seneca...”.

JUAN LUIS VIVES Y LA CERVEZA

Nada más desacreditado que un libro de Sabiduría. Vivimos en una época de *vulgar* descreimiento. Por lo demás, el número de los estudiosos es siempre estrecho y predomina de ordinario el partido de los mentecatos. No así antaño, no así. En 1524, el intelectual valenciano Juan Luis Vives publicaba su *Introductio ad sapientiam*, un verdadero libro aforístico, compuesto por 604 reflexiones, con indicaciones sobre cómo vivir bien y cómo comer y beber, hasta cómo habérselas con uno mismo, “en ella recoge Vives lo más acendrado de la moral christiana, i la verdadera política sacada de la sagrada escritura, enseñando a un tiempo el más seguro modo de servir a Dios, i ser útil a sí i a los demás” (Advertencia a las *Obras q(ue) Francisco Ceruantes de Salazar a hecho, glosado, y traduzido*, 1772). Ese ramillete de pensamientos se podría bien resumir de la siguiente manera: Este es el camino a la sabiduría completa, cuyo primer paso es conocerse uno mismo y, el postrero, conocer a Dios (*hic est cursus absolutae sapientiae, cuius primus gradus est, nosse se: postremus nosse Deum*. Según edición de 1532, editada *ex officina Melchioris & Gasparis Trechsel fratrum*).

En español contamos con dos hermosas traducciones antiguas. La de Francisco Cervantes y Salazar y, la otra, de Don Diego de Astudillo. Según Gregorio Mayáns y Siscàr, en su exordio a la edición en español de 1765: “Primeramente la tradujo en Castellano Francisco Cervantes de Salazàr, haciendole muchas adiciones útiles. Después la tradujo también Diego de Astudillo, distinto del Religioso Dominicano del mismo nombre”. El polígrafo se abstiene de juzgar la calidad de las mismas y se contenta con comentar que ambas tienen sus méritos.

Lo más interesante de la versión de Don Diego, según se cuenta, es que fue revisada por el mismo Juan Luis Vives, con quien sostuvo una estrecha amistad: “Se concluyó la traducción en Brujas a 22 de septiembre de M.D. XLVI, el que la publicó ya muerto Astudillo, dice que *cree la acabó antes que Vives muriese, i como fueron muy familiares amigos, es de creer se la comunicó, de donde se sigue, que aunque otros la han trasladado, y son de loar sus trabajos, que esta traslación les hace mucha ventaja*” (Advertencia). El tal Astudillo sería un comerciante establecido en Brujas, que a su actividad como mercader aunó su amor a las letras. Publicó una obra propia intitulada *Del alma humana*, inspirada en el *De anima et vita* de Vives. Perteneció al círculo de admiradores de Erasmo y, principalmente, de Vives.

Por otra parte, en la misma *Advertencia*, el editor se queja de que la traducción de Francisco Cervantes fue demasiado libre, siendo una buena traducción aquella que se ajusta más al concepto al pasar de una lengua a otra: “A la verdad Cervantes en su traducción no se ató servilmente al rigor de la letra (...) I assi suele algunas veces con libertad añadir o quitar a la sentencia del autor principal, contento con expresar el sentido”.

¡Bah! Poco nos importa la fidelidad. La traducción de Cervantes es agradable y muy crecida tanto por el tono como por las glosas que la acompañan. Por dos de esas glosas escribo este *hipertexto*. Es poco usual que dos ideas se asocien e interpreten nuestro estar en el mundo. Este fue el caso: mi deseo y mi desesperación quedaron iluminadas de repente. Leía las reflexiones 110 y 114 que rezan: “La bebida será, o aquella natural y común a todos los animales dada por Dios, el agua pura y clara; o una delicada cerveza; o vino bien aguado”. Y la otra: “Quando te levantes, mira que pienses, quan poco dura la vida de los hombres, i que della, que es tan breve, no conviene gastar mucho en niñerías ni en liviandades”. Me extrañó que el autor pusiera la cerveza al mismo nivel del agua, como una bebida natural y común a los animales. Esto lo aclaró la glosa: “Por ser las aguas malas en Flandes para beber, se hace dellas *cerveza*, que es cierto genero

de bebida sano y fresco de verano, i común a todos, como a nosotros el agua”.

Me detuve luego en la idea de gastar el tiempo o, mejor, malgastarlo, pensando qué podría decir sobre eso Francisco Cervantes de Salazar. He aquí su opinión: “Considerando Séneca, que poco nos cabe de lo que pensamos ser nuestro, dice, que todo nos es ageno, sino el tiempo, el qual está en nuestra mano gastarle, como quisiéremos. I assi quando le perdemos, perdemos lo mas que tenemos, porque no tenemos mas de a el (...)”. Paré.

Estaba en Betulia leyendo la *Introductio*, en ese pueblo veraniego, con agua impotable, en medio de un bochorno insoportable, con el cuerpo como pegajoso, y con la sensación de estar malgastando mi ridícula vida... quería tomar una cerveza.

INDEPENDENCIA Y DIOS

• Qué gran servicio le hace a Colombia Manuel Ezequiel Corrales cuando en 1883 publica *Documentos para la historia de la provincia de Cartagena de Indias: Hoy Estado soberano de Bolívar de la Unión colombiana*, en Bogotá, imprenta de Medardo Rivas! La tan honrosa labor de compilar documentos dispersos y salvarlos del olvido y la destrucción empezó en 1874, cuando en la Biblioteca Nacional, encontró una serie de textos que se relacionaban con la Historia de la Provincia colonial de Cartagena de Indias, desconocidos por la generalidad de los bolivarenses, y que despertaron en él la firme voluntad de hacer acopio de todos ellos, tanto de los de esa biblioteca como los de cualquier archivo público o privado, para el mejor conocimiento de la historia del Estado.

El resultado fue dos tomos con casi doscientos dos legajos. Sin embargo, se quejaba aquel de que, a pesar de conseguir material de calidad suma, no adquirió todo el que deseaba, ni esperaba ya poder hacerlo: algunos documentos se encontraban fuera del país; otros, eran muy escasos y estaban diseminados en muchas manos; y, lo peor, muchos se perdieron en el sitio de 1815, ya sea porque se malograron con las vidas de los que migraron o fueron incinerados por ellos

mismos, en sendos casos para salvar su pellejo; o sucumbieron al soplo del genio del tirano reconquistador. La riqueza de lo salvado es infinita. Yo solo quiero pasearme por un testimonio privado, consignado en el cuaderno de Don Pío Castellanos, padre de Juan Castellanos, referente a lo acaecido entre el 5 y 14 de agosto en la Villa de Mompox; específicamente en los días 5, 6 y 7. En estos días, según Josef María García de Toledo, se representó el segundo de los cuatro actos del sainete de la revolución, donde figuró la Villa en la tragedia del Reino. Es curioso, comedias de la historia, que el 2 de noviembre de 1812, esta misma ciudad fue elevada al título de “valerosa”, por el Presidente Gobernador del Estado de Cartagena de Indias, Manuel Rodríguez Torices.

En el día 5, Don Pío, transcribe el *Manifiesto sobre los acontecimientos políticos de Mompox, con motivo del reconocimiento del Consejo de Regencia y nueva forma de Gobierno de Cartagena, por el Abogado Don José María Salazar*. Este nos cuenta cómo fue la noche de ese domingo agosto, tan grande como el 20 de julio para la capital, cuando recibieron la noticia de la revolución de Santa Fe y su independencia del Consejo de Regencia. De repente todos empezaron a iluminar las casas y a salir a las calles con alborozo, para saludarse por los felices sucesos: sonaban las campanas, la pólvora, la música, los clamores y los vítores. Sentencia el Patriota alucinado: “¿Qué momentos más oportunos para soltar el hombre las riendas

à todas las pasiones y llevar à todas partes el desórden, hijo de las revoluciones menos sanguinarias? ¡Pero Mopox no es à la vista, en esta noche gloriosa, sino un pueblo de hermanos virtuosos, embriagado de júbilo”.

Al siguiente día, a eso de las nueve de la mañana, se congregan los miembros del ayuntamiento, reconocen la Junta de Santa Fe, contraria a lo adoptado por Cartagena, confirman las proclamaciones populares y dan posesión de los empleos a las personas elegidas. Los cabildantes, amigos de la libertad, llevan en sus gorros una insignia blanca en forma de media luna, en donde estaba inscrita “la sabia bendicion que Voltaire le echó al hijo de Franklin, cuando este héroe al despedirse, se lo presentó à aquel anciano para que le inspirase el espíritu más conveniente”, a saber: “Independencia y Dios”. Según un erudito bolivarenses de la época, de mucho vino y poco yantar, la como media luna, recordaba la luna creciente en la bandera de Moultrie, símbolo del triunfo y la libertad, en la defensa de Charleston contra las flotas inglesas (*Memoirs of the American Revolution: so far as it related to the states of North and South Carolina, and Georgia*, publicado en Nueva York, impreso por D. Longworth, 1802, tomo I, páginas182-183); otros, menos solemnes, creen que se trata simplemente de una escarapela encarnada.

(Sobre el encuentro entre Franklin y Voltaire y la bendición, sí que tenemos noticia por una carta de Voltaire, fechada el 21 de febrero de 1778, en respuesta a otra del padre jesuita Gaultier (Carta de 20 de febrero), quien para esas fechas estaba ocupado en la salvación del alma de aquel viejo escéptico y en la que le solicitaba le permitiera visitarlo. A lo que responde el anciano: “Vuestra carta, Señor, me parece propia de un hombre honesto; y únicamente esto me basta para determinarme a tener el honor de su visita, en el día y la hora que tenga a bien hacerla. Le diré lo mismo que dije, cuando le di la bendición al nieto del ilustre y sabio Benjamín Franklin, el hombre más respetable de Norteamérica; solo pronuncié estas palabras: *Dios y Libertad*” (“*Votre lettre, monsieur, me paraît celle d’un honnête homme; et cela me suffit pour me déterminer à recevoir l’honneur de votre visite le jour et les moments qu’il vous plaira me la faire. Je vous dirai la même chose que j’ai dite en donnant la bénédiction au petit-fils de l’illustre et sage Franklin, l’homme le plus respectable de l’Amérique; je ne prononçai que ces mots: Dieu et la liberté*”. *Oeuvres complètes de Voltaire: Correspondance générale*, publicado en París, por Furne, 1838, páginas 437-438)).

Por último, el 7 del mes, el cura Juan Fernández de Sotomayor y Picón cantó el *Te deum* en la iglesia parroquial, en acción de gracias por la nueva redención, a la que asistió todo el pueblo y principales. Y así fue, de manera invertida

a la bendición: la insignia y los hechos. El lunes honraron la libertad, el martes, a Dios.

Las consecuencias de lo ocurrido y demás, lo dejo para otro escrito menos prosaico y más serio.

EL INTÉRPRETE: JORGE DE MONTEMAYOR Y MI VOCACIÓN MARIANA

*R*ara avis es, en el concierto de las letras, el intérprete que logra superar con el arte, el natural; con la copia, el original. Sea de pronto una de esas, el escritor portugués Jorge de Montemayor. En 1560, en la ciudad de Valencia, en casa de Ioan Mey, se publica *Primera parte de las obras del excellentissimo Poeta y Philospho mossen Ausias March Cavallero Valenciano, / Traduzidas de lengua lemosina en castellano por Iorge de Montemayor*. Esta se reedita en 1562 y 1579, con algunas variaciones. La obra se dedica a Mossen Simón Ros. Como lo indica el título, esta sería la primera parte de las creaciones de Ausias Marco, compuesta por noventa y siete poemas; la segunda parte contendría, probablemente, el resto; pero ¡Cosas de la providencia!, la muerte llegó primero. La razón de no dar al público, en una sola entrega, la traslación, la deja clara en el aviso al lector: “La segunda parte deste libro dexe de traduzir hasta ver como contenta la primera, en la qual tambie(n) dexe algunas esta(n)ças, porq(ue) el autor hablo en ellas co(n) mas libertad de lo q(ue) aora se vsa”.

Del rigor de su trabajo habla también tanto en la dedicatoria como en la advertencia: “Yo he gastado muchos dias en el [el trabajo de traducir], y mucho tiempo en informarme de algunos secretos que el autor dexo reservados a mejores ingenios que el mio”. Y añade: “Cinco originales he visto deste Pöeta, y algunos diffieren en la letra de ciertas estanças, por donde la sente(n)cia quedava confussa en algo. Yo me he llegado mas al que hizo tresladar el señor don Luis Carroz, bayle general desta ciudad, porque segun todos lo affirman, el lo ente(n)dio mejor q(ue) ninguno de los de nuestros tiempos”.

Sobre la calidad de la traducción queda el juicio benévolo de Micer Christoval Pillicer y de un Cavallero valenciano anónimo, en sendos sonetos: el primero le alaba, por igualarse al original en la traducción; el segundo, por hacernos gozar de Marco en verso castellano sonoro, uniendo provecho y gracia:

Si la toalla es prueba muy entera
 por el pintor Parrasio debuxada,
 con que fue la ventaja averiguada
 que al muy famoso Zeuxis el tuviera;

pues siendo tal artifice qual era,
 la toalla que en la tabla vio pintada
 quiso quitar con mano apresurada,

creyendo Zeuxis fuesse verdadera.

Quien con Ausias March os yguale,
illustre Portugues, muy poco haria,
si n'os hiziesse mas aventajado.

Pues si el mesmo Ausias resuscitasse,
esta version, sin falta, pensaria
ser mas original que no traslado.

Y el otro soneto:

Si la opinion de Horacio ha d'estimarse
do alaba aquel por mas artificioso,
que juntando lo dulce y provechoso
sabe entre los demas aventajarse;

a Montemayor solo deve darse
devidamente el premio glorioso,
qu'en verso castellano y sonoroso
á hecho que Ausias March pueda gozarse.

La empresa fue d'ingenio al mundo raro,
qual le pedía la aspereça fiera
de la escabrosa lengua lemosina.

Y aquí Montemayor muestra bien claro
qu'esperiencias d'Amor le abren carrera

por do solo el tan facil s'encamina.

No así Lope de Vega, el cual en el epílogo a las *Rimas del Fénix* espota: “Castísimos son aquellos versos que escribió Ausiàs March en lengua lemosina, que tan mal y sin entenderlos Montemayor tradujo”.

Estos juicios honrosos podrían parecer de poca importancia, pero no es así. Sobre todo el que iguala a Marco con Montemayor, pues hay que tener en cuenta que aquel fue considerado por entendidos como lo más subido de la poesía. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana en su *Prohemio* (ms. 2655, Biblioteca universitaria de Salamanca) anota que “Mosén Ausias March, el qual aun vive, es grand trovadore home de assaz elevado espiritu”. Y, según el parecer de Juan López de Hoyos, añadido en la edición de 1579, “en lo que toca a sus conceptos, estan subido, que los de muy delicado juyzio creen que Petrarca tomo muchos de los muy delicados que tiene, deste Autor”. Este parecer carece de fundamento y es visto como absurdo hoy día, pero yo he dado en creerlo por el mérito de quien lo dice.

Este es nuestro intérprete y estas son sus calidades. Ahora sí... metamos el pan al horno. De la obrilla que quiero hablar se denomina *Exposicion moral sobre el psalmo lxxxvj del real propheta David ... por George de Montemayor* —publicada en 1548, en la imprenta de la Universidad de Alcalá por

Ioan de Brocar, en el mes de marzo, con dedicatoria a “la muy alta y muy poderosa señora la infanta doña Maria” —, y que es a mi parecer una de las interpretaciones morales más imaginativas que he leído en nuestra lengua de un texto sagrado. En esta florecilla se encuentra una breve y moral exposición en prosa y en verso castellano del salmo ochenta y seis aplicada a nuestra Santísima Virgen. El procedimiento es simple, el autor compara a María con la ciudad de Sión, motivo del canto del salmista. El fin, es loable: que nosotros nos acerquemos con devoción a la Madre de Dios. El núcleo del argumento, reconocer el papel de la Sacratísima Madre en la redención prometida. Todo esto lo hace apoyado en la autoridad de San Gerónimo y San Bernardo, y en los textos sagrados del Antiguo Testamento como el Génesis, Éxodo, Números, Reyes, Ester, Isaías, Ezequiel, Jeremías, Proverbios; y del nuevo, Mateo, las cartas paulinas a los Gálatas, Romanos, Corintios y el Apocalipsis.

Una de las imágenes usadas por Montemayor me llamó vivamente la atención, pues movió mi entendimiento y mi voluntad hacia la venerada María. Cuando interpreta el versículo: *Memor ero Rahab et Babylonis, scientium me; ecce alienigenae, et Tyrus, et populus Aethiopum, hi fuerunt illic* (Yo me acordaré de Raab, y de Babylonia entre los que me conocē: he aquí Palesthina, y Tyro, con Ethiopia: este nació alla (Biblia del Oso 1569)), dice: “Acordarse a Dios de traer a ella todos

los pueblos d(e) Babilonia Tyro Etiopia, esto ta(m)bien vemos muy cumplido en esta gloriosa ciudad porque *Podeys ver los gra(n)des do(n)es/ que Christo le concedio/ Pues el mismo permitio/ Viniessen otras naciones/ A la tierra do nascio/ Tierra la mejor que hi-/ Ce Virgen de tu vergel/ Y pues nasce Christo del/ Si nos plantamos en ti/ floreceremos en el.*

Vinieron a ella como en esta copla digo porque todos los que están lexos de Dios, y de su conocimiento por cualquier genero de culpa, por intercession de su gloriosa madre q(ue) esta de toda culpa libre se podra llegar a el , el que esta lexo de Dios por sobervia, tiene en su madre el exemplo de toda humildad para q(ue) ella que tanta tiene ruego a su hijo por ti que estas apartado del por sobervia , y tu que estas apartado de Dios por el pecado de la carne tienes a la virgen purissima sin pecado para que vos que soys deshonesto halleys por ella cabida en Dios, y vos q(ue) os habeys desviado de Dios por quebrantador de su ley os torneys a el por aquella que también la guardo [a la ley] que no dexo una sola jota por cumplir: finalmente q(ue) por ella q(es) es madre de misericordia tenemos cabida con Christo todos los que por este mundo andamos”.

Mi alma se llenó de gozo al leer dicha interpretación y yo, que nunca he creído en la virginidad de la Virgen (y no es ironía)... me fui a rezar el rosario.

SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO

Hay libros que nos yelan la vida, cuyas atmósferas nos asfixian y nos pierden, por exceso de santidad y justicia y amor. Este es el caso del *Contemptus Mundi*. Bien lo dijo Amado Nervo en su libro de adolescencia *Perlas negras*, tan lleno de faltas propias de la edad, pero tan sincero: “Antes de leerte amaba/la luz, las vegas, el mar Oceano;/ mas tú dijiste que todo acaba,/ que todo muere, que todo es vano //(...) como afirman doctores graves,/que tú, maestro, citas y nombras,/ que el hombre pasa *como las naves,/como las nubes, como las sombras...*” (Paris: Vda. de Ch. Bouret, 1916, páginas 96-97). Desde el siglo XV hasta hoy ¿Cuántas almas ha inficionado ese pequeño manual de renunciación del devocionario de la miseria?

Me contaba mi abuelo José Manuel Verhelst Evertz, nacido en 1911 (y también mi padre), que era costumbre regalar ese libro a los que recibían la primera comunión: cuánta santidad en la Cartagena de aquel entonces, pero ¡Qué uso tan perjudicial! ¿Quién sabe por qué gracias del cielo se abandonó tan proba tradición? Que el libro es bueno y apto (para nuestro daño), lo sabemos por la autoridad de Fray Luis de Granada, quien lo iguala con el maná: “Prueba/ toca/

gusta y veras la gran eficacia de aquestas palabras/ y comeras vn manna que te sepa a todo lo que vuieres gana: como el otro manna hazia” (*Contemptus mundi nueuamente romançado*, impreso en Sevilla, por Juan Cromberger, 1538). Y teme no alabarlo lo suficiente, pues esa obrilla invita al obrar puro, a la oración devota y al gozo de la eucaristía: “Cierto no es pequeña obra saber encaminar en el camino de Dios/ para que el que camina no cayga en barrancos Y ni es arte pequeña el saber hablar co(n) Dios enla or(aci)on: ni cosa liviana el saber aparejar para bie(n) recibir el cuerpo d(e) Christo”.

No sé a ciencia cierta, quién sea el autor de semejante aberración libresca, doblemente dañosa, pues si dañosa y breve, doblemente dañosa. Fray Luis de Granada también disputa, en ese sabroso prólogo, la falsa atribución a Juan Gerson, Canciller de París; para él su autor no es otro que Thomas Kempis, canónigo reglar de San Agustín. Este error tiene raíces profundas, pues en una edición española de 27 de abril de 1493, impresa en Sevilla, por Menardo Ungut Alamano y lançalao compañeros, ya se lo atribuyen: “E fenecen los quatro libros Juan Gerson Chançeller de Paris del menosprecio del mundo. Y otro su tractado pequ(e)ño dela ymaginacion del coraçon”. El origen de la confusión puede estar en que el traductor haya seguido alguna de las ediciones latinas que circulaban del *Contemptu mundi* (más el *De meditatione cordis*), en las cuales aparecía Juan Gerson

como autor, cito dos como ejemplo. Una, publicada en Lyon, por Janon Carcain, circa 1486-1488, al comienzo: *“Incipit liber primus Iohannis Gerson Cancellarii parisie(n)sis. De imitatione Christi et de conte(m)ptu omniu(m) vanitatum mu(n)di”* y al final: *“Explicit liber quartus et vltimus de sacrame(n)to altaris. Iohannis Gerson Cancellarii parisie(n)sis De contemptu mundi devotum et utile opusculum”*; y el otro, publicado en París, por Johannes Higman, en 1489, al comienzo: *“Incipit liber primus Iohannis Gerson Cancellarii parisiensis. De imitatione Christi et de contemptu o(mn)i(u)m vanitatum mundi”* y al final: *“Iohannis Gerson Cancellarii parisiens(is): De co(n)temptu mu(n)di devotu(m) et utile opusculu(m) finit”*.

Del contenido se puede decir que es una interpretación, una macabra interpretación de los aspectos más tristes y sombríos de las *Sagradas Escrituras*, desde una perspectiva crítica. Que su autor —sea quien sea: Kempis, Gerson, Buenaventura o el mismísimo Agustín—, conocía la biblia, sobra decirlo: la cita alrededor de 3.815 veces. Todo se centra en ser un verdadero seguidor de Cristo: *“Sea pues todo nuestro estudio/ pensar en la vida de Jesucristo”*. Pero este Cristo es un cristo que embaraza.

Fray Luis de Granada afirma que esta obra es tan sobrada, que se puede abrir en cualquier página y encontrar remedio a nuestras necesidades. Le creo: *“Nunca te estimes*

ser algo por tus buenas obras que en verdad pecador eres/
y obligado a muchas passiones. De ti siempre vas a la nada/
y luego caes y eres ve(n)cido: presto te turbas y d(e)shazes:
no tienes cosa de q(ue) te puedas alabar: y tienes muchas
d(e) q(ue) te puedas tener por vil: porq(ue) mas flaco eres
d(e) lo q(ue) puedes pensar. Por esso no te parezca gra(n)de
cosa alguna de qua(n)tas hazes: ni la tengas por preciosa ni
maravillosa/ ni la estimes por digna de reputacio(n) ni por
alta”.

¡Me embarga la tristeza!

SOBRE EL CUZARY Y SAN LUIS DE SINCÉ

En el 5423 de la criación del mundo (1663) se publicó en Ámsterdam el *Cuzary*, “traduzido del Ebrayco en Español, y comentado” por el Hacham (docto) Jaacob Abendana “con estilo fácil y grave”. Esta obra “de grande sciencia y mucha doctrina” fue compuesta por Yeuda Levita, originalmente en lengua arábica con el título *Kitab al-Chudjah w’Addalil fi nusrah Din addsalil* y traducida al hebreo por Yeuda Aben Tibon en 4927. La importancia de esta es tal que el Gaón de Vilna dijo que ahí están explicados los fundamentos de la fe *en* Israel, que es el pueblo de Israel y qué tiene de especial y cuáles son los fundamentos de la *Torah*. Yeuda Levita nació en Toledo (así lo atestigua Steinschneider) en 1085; hizo sus estudios Talmúdicos en la *yeshiva* (universidad) de Lucena en Córdoba, bajo la dirección del famoso rabino Isaac ben Jacob (Alfassi), siendo un alumno destacado. Se desempeñó como médico en su ciudad de nacimiento, con la esperanza de retornar a la tierra de Israel. Su Dios le asistió. Cuenta una leyenda —que refieren Zacuto en *Yuhasin* y Yachia en *Shalshetet Ha-Kabbala*, y en la cual se inspira M. J. Khan, en 1950, para su historia, “Yehudá haleví a las puertas de Jerusalén” — que un discípulo

suyo musulmán le mató a las puertas de la ciudad añorada, mientras musitaba su última oración, su último salmo: “La paloma que arrulla en los ramajes de mi corazón lo hará por mí”. Estas fueron sus palabras, junto a un olivo, donde expiró. En su tumba un desconocido escribió que “la Piedad, la Bondad y la Generosidad/ dicen: morimos con Yeuda”. Fue reconocido como poeta y como sabio. Salomón Al-Charisi dijo que “en las letras y escritos que él compuso, todo es poesía”. Quizá sea Heine en sus *Melodías Hebraicas* quien ha consagrado uno de los más bellos cantos a la vida y ejecutorias del Levita: “Vio la luz por primera vez en Toledo de Castilla, y el Tajo de áureos reflejos murmuró su canto de cuna. Su padre cultivó tempranamente y severamente su espíritu; comenzó su instrucción con el libro de la ley, la Torah” (“*Il a vu le jour pour le première fois a Tolède en Castille, et le Tage aux reflets d’or lui a murmuré son chant de Berceau. Son père développa sévèrement et de bonne heure son esprit : il commença son instruction avec le livre de la loi, la Thora*”). Puede consultarse la traducción francesa Henri Heine. *Poésies inédites*. Éditeur: Calmann Lévy, Paris, 1885. Pp. 346-374; sigo la traducción de Adolfo Bonilla y San Martín).

Del *Cuzari* dice don Marcelino Menéndez y Pelayo, en sus *Heterodoxos*: “El libro del *Kuzari* está en diálogo y es de muy discreto artificio literario y amena lectura”. Consta de cinco partes o discursos, en los cuales dialoga el Haber y el rey de los cuzares. (Anota Abendana: “*Haber* se llama el

Sabio Ysraelita, en lenguaje de nuestros sabios, llamado R. Yshach el Sanguery. *Cuzar*, es nombre de una Provincia, de la qual se haze mención en Josepho (...) Y según el príncipe R. Abraham hijo R, Hiyà (...) està en el sexto clima hacia el lado del Oriente”).

En él se expone: “La theologia judaica, y se tratan en él muy admirablemente las principales y màs graves materias de la ley Divina”. El diálogo empieza con un artificio: al ser preguntado el Levita por las razones y respuestas que tendría contra sus adversarios —a saber, los filósofos, los cristianos, los musulmanes, los caraitas y baitoseos—, recuerda aquellas que le dio el Haber al rey de los cuzares, y por las cuales este se convirtió al judaísmo, según testimonian las crónicas reales. La historia, que tiene cierto sustento en la realidad, se desarrolla como sigue: Al rey se le repitió un sueño muchas veces, en él, un ángel le decía: “Tu intención es aceptar al Criador, pero tus obras no le son agradables”. Esto contrarió al rey, pues él era muy devoto. Así que inquirió por su sueño a filósofos, cristianos y musulmanes, y no halló respuesta. Hasta que se presentó ante él un Haber, de la religión despreciada, cuyas razones le dieron “entera satisfacción, y acordaron con su entendimiento”, después de una larga disputa.

Con el fin de que puedan catar la riqueza de los argumentos, les compartiré una de esas razones que convencie-

ron al Rey. Aparece en el Discurso tercero. Habla el Haber sobre el siervo de Dios: este no se aparta del mundo, antes bien, lo ama, y la longura de días, porque así es que se gana la vida eterna. Apartarse del mundo, tiene el riesgo de caer en el aborrecimiento de la vida, lo cual es, desde todo punto, un inconveniente, pues, por una parte, la vida es uno de los más grandes bienes que Dios concede a los hombres y, por otra parte, al vivir en este mundo puede recibir los beneficios que continuamente otorga la liberal mano de Dios. *Contrario sensu*, podría desear apartarse del mundo, si alcanzara el grado espiritual de Henoch o Eliaú, y conviviere en comunión con los ángeles y estuviere dispuesto a morir, al alcanzar el más alto grado de perfección, siéndole estorbo esta vida y este mundo. Así se alcanza la perfecta soledad, diferente de la soledad de los filósofos, la cual no se debe llamar perfecta. Me permito transcribir una porción del texto por la elegancia y claridad del argumento: “Y los sabios de los Philosophos aman la soledad, para que se purifiquen sus pensamientos para conseguir de sus opiniones las verdaderas consecuencias hasta que lleguen a alcanzar la verdad en las cosas sobre que les quedaron dudas; y aman con esto el encuentro de discípulos que los traigan a la especulación y memoria; como quien se ocupa en juntar hazienda, que aborresce tratar con otros, sino con quien es mercader, para ganar con él; este fue el grado de Sócrates y sus sequases; y al grado destos singulares varones, no ay

esperanza de llegar". Para concluir, muestra que la soledad perfecta era posible y necesaria cuando la divinidad asistía a la Tierra Santa, y el pueblo era capaz de profecía, pero en este tiempo, en este lugar y en este pueblo, con la disminución de la ciencia adquirida por medio del espíritu de santidad, como la de Henoch y Eliahu, y a falta de la ciencia natural, como la de Sócrates; es mejor no apartarse del mundo.

Y fue en este mundo, en esta tierra y con esta gente, que llegué a adquirir este libro. La señora Julia Navarro, natural de San Luis de Sincé, me lo dio junto con un rosario. Cómo llegó a sus manos, no lo sé. A veces pienso que este pueblo tiene algo de místico. El tiempo se congeló. Juan José Nieto, en su *Geografía histórica, estadística y local de la provincia de Cartagena republica de la Nueva Granada, descrita por Cantones*, publicada por E. Hernandez, en 1839, lo describe: "Parroquia de 3.187 habitantes, fué encomienda de Don Diego de Mesa, y cumplido el termino de privilegio, quedó libre de encomienda y tributo. Las principales ocupaciones de este lugar son las siembras, y crias".

Nada ha cambiado.

EÓN DE LA ESTRELLA Y SU SECTA

Las vidas humanas son repeticiones inacabables de necedades que ya fueron. No hay nada nuevo bajo el sol, sobre todo cuando se trata de la estupidez. Se supondría que tenemos mil y una forma de expresar nuestra soberana bobería, pero nos equivocamos rotundamente en esa apreciación. Nada más monótono que el hombre y, sin embargo, nada más sorprendente. Sorprende cuando un demente innova en la locura; luego se hace legión y pierde todo interés lo que fuera novedad. Este es el caso de Eón de la Estrella. En el *Dictionnaire des hérésies, des erreurs et des schismes*, publicado en 1847, editado por M. L'Abbe Migne, y traducido al español en 1850, en Madrid, por la imprenta de José Félix Palacio, Editor, aparece en el primer tomo, páginas 675-676, la vida y ejecutorias de este mentecato.

El meollo del asunto es ridículo: el mal latín, un malentendido y la credulidad de los más. Este Bretón que vivió en el siglo XII era un gentilhombre de escaso cacumen y mucha vanidad. Se cuenta que cuando cantaban el Símbolo de los apóstoles (credo) y se hacía confesión de Aquel que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, que en la lengua del lacio se escribe *per eum qui venturus est judicare vivos et mortuos*

y que por la corrupción de la lengua en aquel entonces se pronunciaba *per eon qui venturus est judicare vivos et mortuos*. Eón asumió que el *Símbolo* se refería a él. La revelación de tan grave verdad le agradó, su imaginación calenturienta se excitó y se persuadió a sí mismo de que él era el que habría de venir. Convencido, lo hizo público. Y como la muchedumbre es maestra del error, le creyó y le siguió. Las minucias de la secta, su organización, sus hazañas (los idiotas son prolijos) y el destino de este pobre hombre amerita la más meticulosa investigación.

Por ahora baste con contar que el pillito fue tenido por mago y encantador, pues cada vez que intentaban apresarlos, encantaba... con oro y plata de sus saqueos (ha de saberse que el bandido era hábil en el robo y el pillaje) y, por más que algunos señores quisieron prenderlo, se las arreglaba para salir sin daño. Cuando por fin lo atraparon, todos creyeron que sus demonios lo habían abandonado. Fue juzgado y en el juicio se encontró que era simplemente un insensato y fue condenado a prisión perpetua. No pasó así con algunos de sus seguidores, que no reconocieron la falsedad de la pretensión de Eón y fueron quemados vivos. He ahí el hombre; los émulos de Eón, que son infinitos, aburren. Se podría pensar que hoy por hoy la secta de Eón de la Estrella está viva: él es el símbolo de nuestra época. Cualquier imbécil que haga

pública su convicción es creído. Me abstengo de dar ejemplos de parte y parte.

LAS TRIBUS PERDIDAS DE ISRAEL EN EL NUEVO REINO DE GRANADA

América será siempre la esperanza del mundo. Esta tierra es el lugar de la ensoñación y la fantasía. Ella es y será una utopía. Solo basta recordar las aventuras y desventuras de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en la región de la Florida, narradas en su libro *Naufragios*, para sentir el poder de la Providencia y reconocer que nuestra vida toda depende de la voluntad y juicio de Dios. Esta pequeña obra, publicada en Zamora en 1542 (reimpresión con ligeros cambios en Valladolid, 1555) parece más una hagiografía que la narración de una expedición malograda. Para mí es la constatación fehaciente de que aquí ocurren milagros y de que toda actitud escéptica es insuficiente.

Uno de esos hechos que rompen el orden natural y nos sitúa en el terreno de lo prodigioso fue el acaecido a Aharon Levi, otrora en España, Antonio de Montezinos. El testimonio (y es que ante lo milagroso solo cabe el testimonio como prueba y es irracional pedir otro tipo de demostración), lo recoge el filósofo y teólogo hebreo, rabino Manasseh Ben Israel en la obra *Esperanza de Israel*, publicada en Ámsterdam en 5410 (1650). Según relata el mismo Montezinos, estando

preso en las celdas de la Santa Inquisición de Cartagena de Indias, una mañana, mientras se encomendaba a Dios, tuvo una extraña confusión. Cuando decía: “Bendito sea el nombre de Adonay, que no me hizo idolatra, bárbaro, negro, ni Indio”. Al decir indio, como que se retractó diciendo: “Estos Indios son Hebreos”. Lo imagino golpeándose su cabeza para volver en sí y, retractándose de nuevo, decirse, como para convencerse: ¿Estoy loco, o fuera de juicio? Como puede ser que estos Indios sean Hebreos”.

Esto le ocurrió por dos días seguidos. Entonces, el tal Levi se resolvió con juramento averiguar la verdad de todo esto. Siéndole la divinidad dizque oportuna, sacole de la prisión y, como las obras del Creador de las ceibas y los cóndores y de las cordilleras andinas son inescrutables, contra todo pronóstico, empezó su indagación.

Haciendo memoria, recordó que cuando se dirigía a Papián o Provincia de Quito, desde el Puerto de Honda, un indio que integraba su caravana, de nombre Francisco, conocido como el Cacique, pronunció palabras enigmáticas, de culpa y venganza. Según él todo el mal que padecía su estirpe era justo, en cuanto habían tratado mal a “gente santa y la mejor del mundo y que todos los trabajos y inhumanidades que los Españoles vzavan con ellos, tenían bien merecidas por esta culpa”. Sin embargo, esperaban vengarse de los españoles,

“por via de una gente oculta”. Esta gente oculta resultó ser las tribus perdidas de Israel. Los por menores de cómo se encontró con ellos y lo que le revelaron, puede consultarse en el texto de Manasseh, mas resuena en la eternidad lo último que le confesó el indio Francisco a Levi: “Desta tierra no te dé cuydado, que todos los Indios tenemos a nuestro mandado, en acabando con estos Españoles iremos a sacarvos a vos otros del captiverio en que estays, si quisiere Dios que si quererá, que su palabra, no puede faltar”.

Es evidente que esta relación hoy carece de toda veracidad. Sin embargo, cuánta esperanza. Algunos aún seguimos esperando una intervención divina.

ELEGÍA INCONCLUSA DEL DESTIERRO

*Intto à los rios de Babylonia, alli nos sentamos: tambien lloramos
acordandonos de Sion
Salmo 137*

El hombre, tan móvil, tiene algo de planta: echa raíces y se afianza a la tierra. También da sus frutos en ella, crece, reverdece, nutre y nútrese y muere. Y se hace tierra de su tierra, él que es tierra. Por ello, nuestras costumbres de árbol o de hierba y el dolor del desarraigo. Sócrates no aceptó el destierro, porque ¿qué hubiese sido fuera de Atenas? ¿Qué somos, sino este pedazo de recuerdos amarrados al suelo? Así nos lo hace saber una víctima anónima de despojo y desplazamiento forzado:

A mí me quitaron todo
la casa y la cosecha
y sin hallar acomodo
mi alma quedó maltrecha.
No sé si podré volver
nunca pierdo la esperanza
de mi tierra de nuevo ver,
porque esa es mi añoranza.

Este triste *yaraví* no tiene tiempo ni lugar, retrata el rostro del otro que sufre, la estirpe de los desterrados. Una historia similar la supe parcialmente por Miguel de Montaña y Manasseh ben Israel. Se fundan ambos en la autoridad de Jerónimo Osorio, “no despreciable Historiador latino de nuestros siglos”, en su *De rebus, Emmanuelis regis Lusitaniae inuictissimi virtute et auspicio gestis libri duodecim. Auctore Hieronymo Osorio episcopo Syluensi*, por el tipógrafo Antonio Gondisalvo, libro primero, páginas 10-11 y 18-21 para lo referente a Juan II y Manuel en relación con los judíos (hay traducción al inglés: *The history of the Portuguese, during the reign of Emmanuel...* Londres, A. Millar impresor, 1752, dos volúmenes). Pero las fuentes son abundantes, tanto las portuguesas como las españolas. De estas últimas destaco la *Historia general de España compuesta primero en latin, despues buelta en castellano* por Juan de Mariana, en Toledo, por Pedro Rodríguez, 1601 y *Crónica de los Reyes católicos*, por Andrés Bernáldez, manuscrito de 1594 (*Historia de los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel*, Sevilla, Imprenta que fué de J.M. Geofrin, 1870), no porque sean las más acreditadas, sino porque son las más.

Denuncia Manasseh: “Grandes perseguidores fueron nuestros, Fernando y Izabella”. Las tribulaciones y peregrinaciones empezaron (es un decir) un 31 de marzo de 1492. No habían pasado ni tres meses de la victoria sobre Granada,

cuando, por influjo del pérfido Cisneros —el mismo que siete años después haría pública la quema de libros heréticos—, los reyes católicos engendraron el nefasto *Edicto*, porque había que evitar el contagio de la religión hebraica y de los judíos que, contumaces, contaminaban las aguas de la casta cristiandad: “É consta é parece ser tanto el daño que á los cristianos se sigue é ha seguido de la participaçion, conversaçion ó comunicaçion, que han tenido é tienen con los judíos, los quales se preçian que procuran siempre, por quantas vias é maneras pueden, de subvertir de Nuestra Sancta Fée Católica á los fieles, é los apartan della é tráenlos á su dañada creençia e opinion”. La solución de la cuarentena y el apartamiento de los enfermos (Cortes de Córdoba de 1480), no había rendido los frutos esperados, así que era menester cortar de raíz el problema: convertirlos o expulsarlos. Se les dio un plazo perentorio de cuatro meses, para que pusieran sus cuentas en orden. Para rematar, en el mes de abril, el Inquisidor General, Fray Tomás de Torquemada, por otro *Edicto* vedó a los fieles cualquier trato y mantenimiento a los judíos, tan pronto fuera cumplido el término impuesto por los reyes.

No les quedaba más que huir, malbarataron sus haciendas, casaron a las niñas mayores de doce años, para que fueran al amparo de un marido y empezaron su éxodo a África, a Portugal, a Italia y a las provincias de levante. Dejaron atrás su tierra natal, e iban a los puertos donde se embarcarían, con

aflicción, mientras los rabinos los iban animando, y hacían que mujeres y jóvenes cantaran y tañeran panderos y adufes, y los invitaban a mantenerse alegres y confiados. Algunos oraban y gritaban al Cielo, para que obrara con ellos milagros y los sacara “con mano fuerte y con brazo estendido, y con espanto grande, y con señales”. Hubo lágrimas, muchas lágrimas... y las que faltaban. Juan II, rey de Portugal, les dio derecho de pasar por sus dominios, con la condición de que entraran por los lugares autorizados, pagaran ocho cruzados por cabeza, pagaderos en cuatro plazos (exceptuando los niños de brazos), y de que solo podrían permanecer en Portugal por ocho meses. Todos los que no abandonaran el territorio en el tiempo estipulado o no se encontraran en los libros de registro, serían tomados como esclavos. Por su parte, el rey le suministraría navíos, cuyos costes deberían cubrir ellos; y además le permitiría a seiscientas familias residir en el reino, siempre y cuando pagaran seiscientos mil ducados.

Partieron en abril de 1493 de Gibraltar a Arcilla y de ahí rumbo a Fez ¡Ah, calamidades! Fueron robados, maltratados, sus mujeres violadas, corrieron tal suerte de desventuras, que muchos de los que estaban en Arcilla, prefirieron convertirse y retornar a Castilla, en semejante estado, que movía a caridad a los cristianos. Más de mil fueron hechos esclavos, por no pagar ni salir a tiempo. De ahí en adelante, peló los dientes de bestia Don Juan, quien tomó a los hijos de los que hizo

esclavos, los bautizó y los envió a la inhabitada y agreste Isla Lagarto, exigiendo el pago de lo pactado y a los que habían pagado, solo dándoles la esperanza de partir para África.

La muerte inesperada del rey, les daría un descanso a los hebreos. La hidropesía que aquejaba al artero, lo llevó al Algarve, para usar de unos baños, los cuales antes de restituirle la salud, se la empeoraron. Sin embargo, no descartamos la sospecha de envenenamiento (Osorio, página 5). El catorce de septiembre o veinticinco de octubre de 1495, colgó los guayos en Alvor. Nombró en su testamento como sucesor a Don Manuel, Duque de Beja, primo hermano suyo —hijo de su tío Don Fernando—. Este, dando muestras de su humanidad, le devolvió la libertad a los judíos e hizo retornar a los niños que sobrevivieron al destierro en Isla Lagarto. Pero la dicha no duraría tanto. Dios endureció el corazón del rey. Las causas de su nueva determinación, el amor o la ambición, no las sabemos. Él, que heredó la corona cuando tenía la tierna edad de veintiséis años, ningún partido para el casamiento le era más aventajado que el de Castilla. Fernando e Isabel lo tenían a bien, pues les interesaba tener un aliado contra Francia. Ellos le ofrecían a María, pues no querían darle a la hija mayor Isabel, viuda de Alfonso; por su parte, Juana estaba en Flande y Catalina estaba comprometida en Inglaterra. Sin embargo, el afortunado, Don Manuel, se había prendado de Isabel ¡Caprichos reales! Y se comprometieron.

Como Salomé pidió la cabeza de Juan el bautista, Isabel pidió a quien sería su prometido que “echasse los Moros, y los Iudios de Portugal, que no queria por esposo a quien daua fauor y acogida a gente tan mala”. A la demanda de los reyes se negó, porque no quería romper las buenas relaciones que de antaño tenía con Francia, pero a lo que le rogaba la santa Isabel, después de seguir consejo ¡no se negó! Así fue que en Muga, el 5 de diciembre de 1496, emitió un *Edicto*, donde no solo expulsaba a los judíos castellanos, sino a todos los de su reino en un plazo de ocho meses, prohibía a sus súbditos cristianos cualquier tipo de auxilio a aquellos y ordenaba que en lo sucesivo ningún heredero, so pena de maldición eterna, podría permitir que morasen en sus territorios esta gentuza. Se les permitió, vender sus haciendas y demás, y se les garantizó para su partida, los medios convenientes. La razón tácita ya la sabemos, cuestiones de catre; la explícita, la defensa de la fe: “Pello qual sendo Nos muy çerto que os judeus obstinados no odio da nossa santa fee catholica de Xpo. Nosso Senhor, que por sua morte nos remió: tem commetido: e continuamente cõtra elle commetem grãdes males: e blasfemias: em estes nossos regnos: as qês nom tam somente á elles: que som filhos de maldiçam: em quanto na dureza de seus coraçõs esteuerem: som causa de mais cõdenaçã: mais ainda a muytos xpãns fazẽ apartar da verdadeira carreira, que he a santa fee catholica” (Carta patente de expulsión, 5 de diciembre de

1496). Curiosamente, este superó en crueldad a los anteriores: al de Portugal y al de Castilla. En abril, llegado el Domingo de Pascua, movido por el celo religioso, diseñó el plan de raptar a los niños de Israel, menores de catorce años y bautizarlos a la fuerza (acción muy caritativa ella), para luego instruirlos en el cristianismo, a expensas del Estado. Jerónimo Osorio nos cuenta los ayes y lamentos de los padres, que llenos de amor a Dios y a sus hijos prefirieron echarlos a los pozos o matarse, antes que soportar tamaña ignominia: “Hubo quienes trastornados por acción tan injusta, lanzaban a sus hijos a los pozos. Muchos, también, enloquecieron hasta el punto de decidir morir con su propia mano (*Fuere, qui rei indignitate perturbati, filios in puteos abijecerent. Multi etiam eo progressi sunt amentiae, vt sibi mortem propria manu consciscerent*). Sobre este exceso del magnánimo rey, se queja Mariana: “Quieres tu hazer los hombres por fuerça Christianos? Pretendes quitalles la libertad que Dios les dio? No es razón, y tampoco que para esto quiten los hijos a sus padres”.

Jorge Luis Barboza, mi amigo venezolano, al escuchar de tanta injusticia, parpadeó; como un judío errante, se sentó y suspiró por su Jerusalén.

Adenda

Hace un mes se descubrió una copia del manuscrito *Experiencias y varios discursos de Miguel de Montaña*, traducidos por el Ldo. Diego de Cisneros, en la Biblioteca Pública del Carmen de Bolívar. Estamos muy contentos y esperamos que los sabios y pulcros gobiernos del departamento, sigan invirtiendo en el desarrollo de los municipios. Inserto transcripción de una porción del capítulo 40, folios 213r-214v:

[fol. 213r] Habiendo los reyes de Castilla echado de sus tierras los Judios, el Rey Don Joan de Portugal les vendió à ocho escudos por cabeza el hospedage en las suyas por cierto tiempo; con condition que ese cumplido, habian de despejar la tierra, prometiendoles de provizarles de embarcaciones para passar à Africa. Llegado el dia, passado el qual se habia dicho, que los que no hubiessen obedecido quedarian por esclavos; proveyeronseles las embarcaciones escassamente, y los que se embarcaron fueron tratados aspera y rigurosamente de los que los llevaban, que ademas de muchos otros malos tratamientos los entretuvieron sobre la mar andando ya adelante ya atras, hasta que se les acabaron los mantenimientos, y fueron forzados à comprar los dellos tanto tiempo y tan costosamente, que no los vacaron à bordo, hasta que del todo los dexaron en camisa. Las nuevas de esta inhumanidad dadas à los que quedaban en tierra, la mayor parte dellos se resolvieron à ser

esclavos y algunos hizieron semblante de querer mudar de Religión. Don Manuel successor de Don Joan viniendo à la corona, los puso primero en libertad, y despues mudando de parecer, les ordenò saliessen de las tierras, señalandoles tres puertos para el passo. Esperaba el Rey, dize [Fol. 214v] El obispo Ossorio; no despreciable Historiador latino de nuestros siglos; que la merced de la libertad que les habia hecho, y no les habia podido convertir al Christianismo, lo haria la dificultad de entregarse al robo de los marineros, y de dexar la tierra, donde ya estaban hallados, con grandes riquezas, por yrse à meter en una region extraña y inconocida. Mas viendose frustrado de su esperanza los Judios resueltos todos à salir de sus tierras, quitoles dos de los puertos, que les habia prometido, con intencion que la dilation y incomodidad del passage reduxesse algunos; o bien que se pudiesse dar medio de juntarlos todos en un lugar para con mayor comodidad darlo à la excution, que tenia determinada. Y fue, que ordenò, que quitassen a los padres y madres de entre las manos todos los hijos menores de catorze años, para criarlos apartados de su vista y conversation, y instruyendolos en nuestra Religion. Este hecho, dize este Historiador, causò un horrible espectaculo, oponiendose contra esta ordenation la natural afficion entre padres y hijos, y sobre todo el zelo de su antigua religion, vianse de ordinario padres y madres matarse à si mismos, y aun con exemplo mas cruel arrojar

de amor y compasion sus tiernos hijos en pozos por escapar de la Ordenanza del rey. Ademas que habiendo expirado el termino, que les habia señalado, à mas no poderse volvieron a ser esclavos. Algunos se hizieron Christianos, cuya fe, o de la su descendencia, aun hasta hoy, cien años despues, pocos Portugueses se aseguran, si bien la costumbre y el tiempo son mas poderosos consegeros para estas mudanzas, que qualquiera otra fuerza.

APÉNDICE PROBABLE

En esta época de excesos, sobre todo de lucidez, se hace necesario alabar la mediocridad: la áurea mediocridad. Hemos crecido con el terror de lo mediocre. Se nos ordena desde la puericia: no sean mediocres, busquen la excelencia. Los mediocres no triunfan y un montón de etcéteras más, que lentamente nos incitan a una carrera, donde el único que pierde es el que gana. Abre la ventana, mira los ejemplos de éxito. Solo crápulas, hombres sin escrúpulos. Gran corona es esta, laureles trenzados con espinas ¿Podríamos desistir de este camino, arrancarnos esa vieja opinión, que se ha convertido en una segunda naturaleza? Es difícil desprendernos de un prejuicio. Los errores crecen con nosotros y se afianzan. Somos hermanos de nuestros desvaríos.

Siempre he creído, —como me ha sido dado creer: con profunda incertidumbre—, que no hay mejor precepto para conducirnos en la vida, que aquel que nos invita a la mediocridad. *Ne quid nimis*, de nada en exceso, parece decirnos toda la antigüedad. Los extremos son viciosos o, más bien, son el vicio; mientras que la virtud es amiga de quien asume la sabia medianía. Los excesos, los sagrados excesos, se nos muestran por defecto y demasía. Unos porque mucho, otros por-

que poco, pero todos pendulando en los extremos, ninguno en el centro. El soberbio, en demasía se estima, el humilde se mide con una balanza de falsario; el magnánimo se reconoce en su justa medida. El avaro en el límite de la posesión, termina siendo poseído por sus objetos, el pródigo despilfarra a mano rota y sus bienes desaparecen en un soplo; el generoso abre una mano para dar, pero con la otra retiene lo necesario para asegurar su futuro. El cobarde teme sin son ni ton, el osado no reconoce lo digno de temor; el valiente sabe cuándo huir y cuándo enfrentar. Siempre la virtud en el medio. Pero qué medio. No el medio aritmético, claro está, sino en el justo medio. Y ¿cuál es el medio justo? El que se ajusta a nuestro natural. Es la camisa que solo te queda a ti, porque fue hecha con tus medidas. Ni muy ancha ni muy corta, ajustada. La virtud moral es entonces múltiple y variable, hay tantos valientes como hombres, el vicio es monótono y tonto, es dos en uno. ¿Y no habrá algo donde el exceso sea plausible, elogiable? ¿Será posible encontrar una pasión humana en la cual el camino del exceso conduzca al templo de la sabiduría, como decía Blake? No lo creo, como dije arriba que me ha sido dado creer. ¿El amor? ¡Talvez! En el amor, si creemos al Caballero Marco:

Amar yo tibiamente es baxa cosa,
que los extremos son aquí excelentes;
el poco amor ni cansa ni reposa,

ni causan mal ni bien sus accidentes;
el que s'estrema es fuerça tan sabrosa
que nunca jamás mira inconvenientes...

Todo amor, para ser amor, debe ser extremado. Un amor en medianía ni satisface y sí mucho aprieta ¿Y no es la sabiduría misma el amor, como dicen los cristianos? Coger a un amante, es como tomar a un perro por las orejas. Se desvela, sufre, parece enfermo. La razón no le acompaña. Transita de la ira a la adulación de manera escabrosa. No sabes si odia, no sabes si ama. Es inestable. Corre en pos de mil fantasmas, lucha contra ejércitos que no existen. ¿Qué clase de enfermedad es esta que domina al amante? No atino a describirla. El amante es un loco, un poseso; el amor, una manía. El amante se equivoca; el amor estraga. Desechemos el amor, como la más vana trivialidad de los seres humanos. E insistamos por el camino de la virtud, que no es otro que el de la mediocridad.

FIN

xli. Diem aduentū solū patre scire
dicunt. nescientes eam seruos iugi
lare p̄ cepit & orare.

xlii. De alabastro unguenti. t̄ p̄ditio
ne iude traditoris. ac preparati
one pasche referunt. nec n̄ ecce
ne ei mystice panditur sacramtū.

xliiii. Traditionis ac passionis eius. ges
ta narratur.

xlv. Resurrectionis ac passionis eius
p̄inde breuiter ueritate monstrata.
quorundā incredulitas. clementer
arguitur. & ascensio. atq; adex
tris dī confessio. t̄ discipulorū p̄di
catio. signis sequentib; indicatus.

**INCIPIT EX
POSITIONE
NERABILIS
BEDAE PRESBI.
IN MARCUM
EUANGELISTAM.**

NITIVM

1.

EUANGELII IHSU XPI FILII DĪ.

SICUT SCRIPTUM EST IN ESA
IA propheta. Conferendū
hoc euangeli marci princi
pium. principio mathei
quo ait. Liber generatio
nis ihu xpi filii dī. filii
abraham. Atq; ex utroq;
unus dñs n̄r. ih̄s x̄p̄s. dī &
hominis filius ē intellegen
dus. Et apte primus euan
gelista. filium hominis eum.
secundus filium dī nominat.
Ut a minoribus paulatim. Ad
maiora sensus n̄r exsurgeret.
Ac perfidem & sacramenta
humanitatis adsumptę. ad ag
nitionē diuine & eternitatis as
cenderet. Aptē qui humanā
erat generationē descriptu
rus. a filio hominis coepit.
dandū uidelicet siue abrahe
de quorum stirpe. sub
santā carnis adsumpsit.

Beda Super Iohānem

Ntequam aduerba seic euuangelii qđ secundum iohannem prae-
titulatur explananda ueniamus. quaedam prius nobis de ipso
beato iohanne. deq; eius uita breuiter sunt praelibanda.

Dehinc de loco & tempore causa quoq; scribendi eiusdem euuan-
geli nos pauca differemus. Itaq; iohannes apostolus
quem ih̄s plurimum amauit filius zebedaei & frat̄ est iacobi
& apostoli. quem herodes post passionem dñi decollauerat. uirgo
electus ad nō. atq; inter ceteros discipulos magis dilectus.
quietiam suppectus magistri recumbens euuangelii sui fluentia
de ipso sacro domini pectoris fonte potauit. et quasi unus de paradisi
fluminibus uerbis gratiam in tototerrarum orbe diffudit. Quique
in loco xp̄i xp̄o iubentes successit. dum suscipiens matrem magistri
discipulus. matri pro xp̄o alter quodammodo derelictus se filius.

Hic euuangelium xp̄i sicut legitur ecclesiasticabit historia usque adulti-
mum pene uitae suae tempus absque ullius scripturae indicis puro
sermone predicauit. Siquidem a tempore dominicae passionis.
resurrectionis etiam. et ascensionis usq; ad ultima domitiani
principis tempora panno sciret̄. Lx. et v. absq; ullo scribendi
ad mniculo uerbum dī euuangelizauit. ^{precator} At ubi ad omnitiano
qui secundus post neronem xp̄ianorum ^{extitit} pathmos in salā
exilio missus est. ubi diuina reuelatione illustratus apocalipsin
et uidit et scripsit. uelud alii aestimant. in pathmos quidem
apocalipsin uiderat. sed de exilio reuertens eandem apocalipsin
in asiam in ore conscripserat. Cuius quidem inter alia sunt tates
magnitudo signorum haec fuit. Motauit in aurum siluestres
frondium uirgas. litorea q; saxa in gemmas. Item gemmarum
fragmina in propriam reformauit naturam. Viduam q̄q; p̄cepto
populi suscitauit. & rediuuuum iuuenis corpus reuocata anima
reparauit. Bibens lactiferum haustum. non solum euasit peri-
culum. sed eodem prostratos poculo in uita reparauit statum.

Hic autem anno Lx septimo post passionem dñi saluatoris sub tra



Hipertextos
Edición digital
Marzo 2020
Sincelejo, Sucre, Colombia

Hipertextos

Me enviaron desde Colombia unos relatos que me han sorprendido, tanto por sus contenidos profundos, como por el estilo vigoroso, sin la ornamentación barroca o egregia a la que estamos acostumbrados en Latinoamérica.

A primera vista, quizá, la narración o las narraciones producen en el lector un pequeño reparo por no dar descanso o respiro, pero lo curioso es que no causa cansancio, al no dar tregua.

El imaginario no puede prescindir de la memoria histórica. El autor se esfuerza en hallar tratados o manuscritos antiguos para encontrar apoyo en el desarrollo de sus temas, a partir de afirmaciones y negaciones, que conducen a la suspensión del juicio. Son contradicciones que en todo caso cautivan al lector. Lo antiguo lo convierte en nuevo.

Sergio Macías Brevis